

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

DOS LIBROS DE CARLOS ACUÑA Carlos Acuña Núñez, cuya rica personalidad literaria se destaca con caracteres bien definidos en nuestras letras, se dió a conocer en 1913 con «A flor de tierra» —volumen de poesías líricas y de prosas— obra en la cual, cuentos como «Buscando llaqui» y «La mariposa extraña», anuncian ya al escritor de imaginación al par que al observador de la vida sana y noblemente idealista.

A esa primera obra de juventud, siguió una nutrida producción de cuentos que muchas veces aparecieron con sus pseudónimos Roger de Flor y Juan de Ulloa. Su permanente preocupación por las cosas del espíritu, su búsqueda constante de la proporción estética han convertido a Acuña en una especie de sibarita literario que poco gusta prodigarse: en cerca de treinta años de labor, su producción no alcanza a más de seis libros. Pero, por lo mismo que se ha esmerado en pulimentar, no hay en sus páginas ni vanos tanteos, ni apresuramientos fatales: cada libro de Acuña significa un paso seguro en el sendero de la perfección.

Su segunda obra, «Vaso de arcilla» (1917) de verso fácil y fresco, fué seguida por «Cápachito» (1921) y por «Mingaco» (1926), colecciones de cuentos en que se da preferencia a la interpretación del carácter, y en que es dable deleitarse con una prosa fácil y correcta.

Con sencillez, sin rebuscamientos morbosos, capaz de interpretar sólo la psicología de personas sanas de cuerpo y espíritu, sin fingidos retorcimientos espirituales, ni vagos aguzamientos de la sensibilidad; Acuña se substrahe a influencias extranjeras, a menudo valiosas, pero siempre niveladoras por su tinte de universalidad, para entregarse por entero a los ambientes que comprende, porque conoce y ama, y porque es él mismo una parte integrante de ellos: los campos maulinos, la modalidad de su gente y las costumbres centenarias de sus pobladores, encuentran en Acuña un intérprete cariñoso y fiel, que sin necesidad de largas descripciones sabe captar en unos cuantos brochazos certeros lo característico, lo típico del paisaje o el rasgo distintivo de una personalidad.

No hace aun dos meses, Acuña ha entregado simultáneamente a la circulación dos nuevas obras: «Huellas de un hombre que pasa» y «Baldadas criollas».

La primera de ellas es una colección de relatos en que encontramos cuadros sentimentales que el autor ha designado acertadamente con el nombre de «acuarelas», y cuentos, algunos de los cuales — como «La mirada de hielo» — salen de la acostumbrada tendencia de Acuña para buscar tema en una proporcionada mezcla de realidad y fantasía psicológica, con tintes de misterio.

«Los ojos puros», «El cajero Larvide», «La que no tenía corazón» (publicada anteriormente) y «El farol de hierro», son otros tantos cuentos en que el autor ha logrado plenamente su objetivo: hay ternura y comprensión en el primero; cierta risueña picardía en el segundo; un buen ensayo de psicología femenina en el tercero, mientras que en el último de los cuentos mencionados, aflora la pasión caprichosa del protagonista que el autor ha sabido suavizar con el delicado velo de una presentación artística.

En «Baladas criollas» Acuña ha reunido alguna labor dispersa, sin contar con trozos inéditos que también se incluyen. Y ha hecho bien, porque en el campo de la lírica nacional Carlos Acuña ocupa un lugar único con sus baladas, de sabor a romance y a leyenda.

Ni siquiera queremos mencionar «Cantaba el pidén», ni la «Balada del cachorro», porque ambas han alcanzado tal popularidad que andan impresas en libros diversos y que, como ocurre con la primera, han pasado a integrar el acervo folklórico nacional. Hay algunas otras de sus composiciones en que a menudo se descubre la observación aguda, la comparación acertada, como la que hace al hablar de las mozas del Tutuvén:

«y como el agua, el don
 tienen de aquietar la sed;
 mas, hembras fuertes son:
 id, tocadlas y ved,
 que son frescas y duras,
 cómo las encordaduras
 de una red.»

Ricas en temas, variadas en la forma y en el tono, no hay una sola de estas baladas que no logre hacer vibrar alguna de nuestras fibras afectivas. Sin embargo, si se nos impusiera la difícil obligación de elegir una, quizá si nos veríamos tentados a señalar la intitulada «La espuela», porque en ella, en una treintena de versos, el autor, presentándonos cuatro cuadros, cuatro momentos, sugiere entre líneas la historia completa de un amor y de una vida.

En «Por esta Cruz» la entonación poética recuerda viejos cantares castellanos: el gesto de la madre que ante el asesinato del hijo mayor hace jurar al menor que tomará cumplida venganza, nos trae la vaga remembranza de pasajes que son joyas de la literatura arcaica:

«Hijo mío, sol de mis canas,
 bello y bravo como un león,
 dulce como San Francisco,
 fuerte como un roble del alcor,

pedacito de mis entrañas,
cachorro que amamanté yo;
te amé tanto y como te roban,
de mala muerte, a mi amor,
mi corazón despedazan;
voy a volverme loca. . . . mas, no,
traed al pequeño, al último
retoño de los Villaseñor. . . .»

«Contra na», al revés del anterior, destila la melancolía del hombre que ni sabe colocar bien su amor, ni sabe desprenderse de él. Escrito este poemita en lenguaje popular, aunque con prudencia literaria, tiene las necesarias condiciones de sentimiento, emoción y factura para grabarse en los espíritus sensitivos.

Sería lato seguir refiriéndose a otras de las composiciones de Carlos Acuña: en todas hay emotividad, y están impregnadas de vida y como ella, reflejan diversidad de matices y actitudes, con predominio de cierta elevada serenidad, aunque a veces apunta la pasión que se deshorda o una juguetona ironía.

Obra madurada, «Baladas criollas» ocupará un sitio de honor en nuestra literatura, por su amplitud de motivos temáticos, por su técnica casi siempre perfecta, y por ser, hasta hoy, única en su género. — **Gmo. Rojas Carrasco.**

DOMINGO MELFI DEMARCO, Alborea la moderna literatura chilena en 1842. Es el momento en que Lastarria pronuncia su famoso discurso sobre la «impetiosa necesidad de ser originales en literatura». Al par de su contemporáneo argentino, Echeverría, quien lanzó su conocido credo literario con unos pocos años de anterioridad, viste Lastarria su nuevo ideal en un tradicional romanticismo que dista mucho de prometer un afianzamiento inmediato para las letras nacionales.

En Chile el primero en delinear aquella «naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos» es «Jotabeche» (José Joaquín Vallejo), cuyos artículos de costumbres aparecieron en varios periódicos y revistas de 1841 a 1847. Su localismo romántico enfoca ya tipos y paisajes chilenos, pero «en pequeños esquemas, en trazos fugitivos», demasiado llano y exteriorizado para calificarse de verdadero criollismo. Pero ocupa «Jotabeche» un lugar respetable en la historia literaria gracias a un genuino esfuerzo criollista. Y está reflejada en sus páginas la fiel apariencia de una existencia que se disipaba bajo las sucesivas transformaciones sociales. No observa «Jotabeche» los comienzos de desasosiego que en generaciones posteriores van acentuándose hasta brotar en lucha abierta, notablemente en la Revolución del 91.

En Chile el primero en delinear aquella «naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos» es «Jotabeche» (José Joaquín Vallejo), cuyos artículos de costumbres aparecieron en varios periódicos y revistas de 1841 a 1847. Su localismo romántico enfoca ya tipos y paisajes chilenos, pero «en pequeños esquemas, en trazos fugitivos», demasiado llano y exteriorizado para calificarse de verdadero criollismo. Pero ocupa «Jotabeche» un lugar respetable en la historia literaria gracias a un genuino esfuerzo criollista. Y está reflejada en sus páginas la fiel apariencia de una existencia que se disipaba bajo las sucesivas transformaciones sociales. No observa «Jotabeche» los comienzos de desasosiego que en generaciones posteriores van acentuándose hasta brotar en lucha abierta, notablemente en la Revolución del 91.

Es uno de los grandes méritos de Blest Gana, «creador de la novela chilena», que consigue trasladar a las páginas de su novela de época «Mar-

(1) Nascimento, 1938.

tín Rivas» varios aspectos de la transformación social incipiente. La sociedad que estudia Blest Gana tan concienzudamente no ha dejado por completo de ser colonial, pero comienza ya la invasión y la conquista de la capital por la provincia, aquella «reserva de lo noble, de lo entero». Esta acción, no menos profunda por ser sorda, constituye un elemento dinámico, y por eso dramático, que Blest Gana es el primero en introducir en la literatura chilena. Hace más este venerado literato, pues con su «Martín Rivas» trae el criollismo a la ciudad y funda así toda una dinastía de novelistas sociales y psicológicos. Merece la calificación de primer criollista porque, al contrario de «Jotabeche», que gustaba románticamente de «ver cosas nuevas» y «recorrer lugares de los que no conocemos sino sus nombres», describe exclusivamente lo que existe dentro de los horizontes de su propia experiencia.

Escribiendo con menos ponderación que Blest Gana, pero con una fresca naturalidad y con un seguro instinto artístico, viene Daniel Riquelme a llenar, con sus «Recuerdos de la campaña», el vacío de este período desértico de las letras chilenas. Ocupa Riquelme una posición intermedia entre «Jotabeche» y Blest Gana, pues si cuenta experiencias propias no por eso carecen de un interés romántico, fruto de «los días sombríos» que vivió el autor durante la Guerra del Pacífico. Con una «suelta sencillez» narra «los accidentes penosos o alegres» de esta existencia aventurera. Las páginas de Riquelme están tocadas con «el hábito sombrío de la muerte», mas junto a la nota petética y trágica se advierten toques de humor socarrón y de burla. Goza Riquelme, con Pérez Rosales, la distinción de haber introducido en la literatura chilena este elemento de alegría espontánea y zumbona. Tiene Riquelme, con relación a «Jotabeche» y Blest Gana, la superioridad de identificarse paternalmente con sus personajes.

El siglo pasado está caracterizado más por guerras y revoluciones que por libros. Por lo tanto, no es posible asegurarse de la dirección que toman las letras chilenas sino con referencia a uno que otro escritor aislado. Llegando al umbral del nuevo siglo, empero, se nota «un signo de singular conciencia literaria», pues por primera vez hay un grupo de escritores dedicados todos a un mismo ideal criollista. Es interesante notar que en el mismo momento en que llegaban a Chile cantidades de libros extranjeros y en que más se sentían influencias francesas, españolas, rusas, alemanas, italianas y hasta norteamericanas, en este momento es cuando toma la literatura una franca orientación autóctona. Es un período de acción y reacción, de complejidades y de contradicciones. Es evidente, por ejemplo, una fuerte acción catalítica ejercida por ciertos aspectos de las literaturas extranjeras, y al mismo tiempo hay una inequívoca reacción contra la decadencia y la neurastenia que son rasgos tan marcados de esta misma literatura finisecular. Dejando a un lado autores europeizantes, cuya obra peca de imitativa, vemos dividirse la corriente criollista, y se distingue la literatura campesina de la urbana. Por fin germinan las semillas sembradas por «Jotabeche», Pérez Rosales, Blest Gana y Daniel Riquelme.

Es la literatura campesina la que forma la corriente de más volumen, porque «es el campo la fuerza más poderosa de la vida chilena». Entre 1900 y 1915 aparece un raudal de estudios rurales. «Cobran un

relieve inusitado los cerros, los poblados en los faldeos, el canto de los pajarillos. . . . adquiere una vida elocuente el peón de riego. . . . » Es Federico Gana el «iniciador del cuento campesino», que él «vivió con una realidad y una sobriedad elegantes», pero sin preocuparse de valores sociales. Baldomero Lillo, cuyas dotes dan al criollismo nuevos impulsos, es «el primero de su generación que baja al fondo de las minas chilenas en busca del documento directo». Joaquín Díaz Garcés «ha dejado la huella de su chilenidad y de su amor a los motivos camperos» en sus «Páginas chilenas». Mariano Latorre «descubre el río Maule» y otros temas y paisajes de fuerte criollismo campero. Guillermo Labarca, Juan Espinosa, Fernando Santiván y Rafael Maluenda, cada quien por su parte, ofrecen sus contribuciones al mismo aspecto de la creciente producción literaria.

Entre los que observan y estudian la vida urbana, casi tan numerosos como los estudiosos de la campiña, se destaca Luis Orrego Luco, descendiente literario de Blést Gana y autor de la resonante «Casa grande». Lo que diferencia la obra de estos dos novelistas no es tanto el talento — concedido a ambos con discreción casi igual — como la materia de sus respectivas novelas. La sociedad descrita por Blést Gana, semi-colonial y soñolienta, comenzaba apenas a desperezarse. Pero las transformaciones, cuyos comienzos están apuntados con tanta precisión en «Martín Rivas», se han multiplicado muchas veces en medio siglo. Cada una de estas complicaciones, tanto políticas y económicas como morales y espirituales, las comenta Orrego Luco en su gran obra, llamada por el crítico Omer Emeth «el mejor documento histórico. . . . sobre la vida chilena en los años 1900 - 1908».

Así como en la novela y el cuento campesinos los autores se esfuerzan por descubrir cada rincón de la patria, también en la corriente urbana hay una igual preocupación por explorar cada una de las capas sociales. Joaquín Edwards Bello, en su novela «El roto», penetra en la vida baja del suburbio. Alberto Romero muestra predilección por «las vidas desarticuladas y rotas» de la miseria urbana. González Vera, en sus «Vidas mínimas», pinta «la existencia gris del conventillo chileno». A este mismo movimiento pertenecen también «Cuesta arriba» de Emilio Rodríguez Mendoza, «El crisol» de Fernando Santiván, «El zapato chino» de Juan Barros, «Juana Lucero» de Augusto Thomson, «Hogar chileno» de Senén Palacios y «Los desarraigados» de Augusto Millán.

Y por fin, tras esta cuantiosa producción literaria de principios de nuestro siglo nos llega la obra de «los nuevos», los Pablo Neruda y Rosamel del Valle, los que representan siempre, como la *x* matemática, un valor desconocido, un valor que sabrán calcular los matemáticos - críticos del porvenir. Tiene que contentarse el crítico del presente con notar ciertas tendencias: «una compleja inquietud», una excitación y a veces «una franca rebeldía». Después de andar a tientas tras el ideal subjetivista, alcanza por fin el escritor a identificarse, no ya paternal sino fraternalmente, con sus creaciones. Tanto se interesa por la sensibilidad de sus héroes, que viene a perder contacto con la realidad exterior. En esta nueva «geografía estética» el ideal criollista parece ceder a la busca de una «realidad trascendental». El escritor del porvenir habrá de re-

conciliar el ideal criollista con el ideal subjetivista en una nueva orientación que podrá llamarse «criollismo subjetivo».

Tal es el panorama de la prosa literaria chilena de los últimos cien años, que nos presenta el prestigioso crítico Domingo Melfi en un hermoso volumen que podemos recomendar con entera confianza. Este valioso libro contiene una serie de nueve estudios críticos, de los cuales tres son de carácter más bien general, mientras que los restantes son estudios más detenidos sobre escogidas personalidades literarias. Figura al fin del libro un utilísimo «Índice de autores citados». El primer capítulo, que se titula «Panorama literario chileno», fué publicado por vez primera en Septiembre de 1929 en «La Nación» de Buenos Aires y ha merecido, por sus amplias perspectivas, ser traducido al francés por el eminente crítico chileno Omer Emeth y al inglés en la revista neoyorquina «Chile» en los números de Mayo, Junio y Julio de 1930. En el cuarto capítulo, uno de los más penetrantes del libro, estudia Melfi lo que él considera el aspecto más trascendental de la floración literaria a principios del siglo veinte: «El campo en la generación literaria de 1900». Y su último capítulo es una «Perspectiva de la novela», en el cual sugiere el autor una de sus más esclarecedoras generalizaciones. En los demás capítulos hace el análisis de ciertas obras de Blest Gana, Daniel Riquelme, Carlos Pezoa Véliz, Baldomero Lillo y Luis Orrego Luco. Si por excepción incluye Melfi al poeta Pezoa Véliz entre tantos prosistas, no es por cierto por corregir la crueldad de un destino que le cortara las alas al desgraciado poeta a la edad de veintinueve años, víctima del terremoto de Valparaíso de 1906; es sencillamente porque estima Melfi que antes de morir tenía ya ganadas sus espuelas literarias gracias al fuerte sabor chileno de sus atormentados pero musculosos versos.

En todos estos esmerados estudios se ve la constante preocupación histórica y sociológica que caracteriza la labor crítica de Domingo Melfi. Ya por otros se ha notado el contraste que hay entre Melfi y el otro conocido crítico chileno, Hernán Díaz Arrieta («Alone»), quien prefiere seguir un criterio más bien estético. Este contraste no es, por supuesto, una oposición, pues ni descuida «Alone» el ambiente que moldea una cultura literaria ni pasa por alto Melfi las diferencias personales y psicológicas que prestan a las letras su encanto perdurable; es más bien una feliz circunstancia que los métodos de estos dos intérpretes de la expresión literaria en Chile puedan así complementarse. Obedeciendo a su criterio histórico, se remonta Melfi a la obra de Lastarria y de «Jotabache» para estudiar los orígenes de la moderna literatura, mientras que «Alone» prefiere comenzar su «Panorama de la literatura durante el siglo xx» con el estudio de la generación de 1900, donde hay más intenso valor estético. Mas no por esto debe deducirse que sea Melfi un crítico de «los viejos» y «Alone» el crítico de la juventud. A los dos les tacharán los jóvenes de atrasados y los viejos de modernistas. Y ellos mantienen airoosamente el difícil equilibrio en la cuerda que corre a igual distancia de los dos campos extremos. Tanto Melfi como «Alone» reconocen el carácter precursor de la literatura chilena hasta el presente, pero no por ello se creen obligados a estudiarla con los exclusivismos de una crítica absolutista. Y dan muestra de igual moderación al examinar

las novísimas tendencias; tratan sinceramente de comprenderlas y de interpretarlas con toda justicia y con toda simpatía.

Es de loar la publicación de obras de tan destacado mérito como la de Domingo Melfi y debe ser alentado todo esfuerzo por darle libre circulación en el mercado de las dos Américas. Sería injusto insistir sobre defectos que ni siquiera se advierten en una lectura corriente. Apunto tan sólo el hecho de que este hermosísimo volumen sería elemento de aún más útil referencia entre los estudiosos de las literaturas americanas, si indicara el autor con más precisión la cronología de los fenómenos literarios. Sería fácil, por ejemplo, poner entre paréntesis, después de cada nuevo título citado en el texto, la fecha de su publicación. Dicho lo cual, nos apresuramos a decir que merecen el distinguido autor y la Casa Editorial Nascimento nuestros calurosos aplausos por esta primera serie de «Estudios de literatura chilena». Esperemos con impaciencia la aparición de las sucesivas series que nos promete Melfi.—**Theodore Andersson**, American University, Washington, D. C.

CLAUDIA LARS: Las poesías de Rainer María Rilke, en castellano.

Bajo los auspicios del Instituto Cultural Germano-Chileno, el Dr. Pino Saavedra, ha publicado una versión castellana de

las poesías de Rainer María Rilke. Al referirse a este libro debemos destacar la personalidad del poeta y del traductor. Rainer María Rilke nació en Praga en 1875; es, pues, checo de nacimiento; pero su vida transcurrió en su mayor parte en Alemania; estuvo largas temporadas en Italia, Francia, Rusia, España y Suiza, donde murió en 1926. Por el espíritu de sus poesías es un poeta universal que está por sobre las fronteras artificiales impuestas por los hombres. Nos dice Pino, en su interesante y documentada introducción, que «las primeras poesías de Rilke — hasta 1897 — están saturadas de ambiente de Praga. Paisaje y ciudad, héroes y acontecimientos nacionales surgen, en concepción realista, de su imagería de adolescente». Es decir, Rilke cantó en su adolescencia, a su patria nativa, «a héroes y acontecimientos nacionales». No sabemos cuál era su acento cuando en sus versos vibraba el sentimiento patriótico, pues en este libro no encontramos ninguna de sus poesías de esta naturaleza.

En cuanto al traductor, es el Dr. Y. Pino Saavedra, un profesor de profunda versación filológica, que residió largos años en Alemania, siendo catedrático en la Universidad de Hamburgo. Domina, pues, el alemán en forma perfecta. Actualmente es profesor del Instituto Pedagógico y secretario de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Su fina sensibilidad poética y su cabal conocimiento del alemán, autorizaban al Dr. Pino para verter impecablemente al castellano las poesías de Rilke. Ha logrado el Dr. Pino captar y poner en castellano hasta los matices más tenues y recónditos de la poesía de Rilke. Fácilmente, así lo pueden comprobar los que dominan el alemán, pues frente a la versión castellana se encuentra el texto original. Pino ha conservado la forma estrófica primitiva con ligeras alteraciones exigidas por la índole diversa del castellano y con el objeto de darnos el ritmo en

este idioma; por eso lógicamente tienen que predominar el verso asonantado y el libre.

A través de esta versión de las poesías de Rilke, nos enfrentamos con un poeta de sensibilidad quintaesenciada, de un temperamento nostálgico, de lejanías inasibles, que vive en una eterna fuga de sí mismo, en busca de una soledad que aquiete sus ansias de Infinito, a fin de acercarse a Dios. Acaso por ello sus deseos de viajar, hasta dar con el país en que los hombres estén más cerca de Dios. Creyó encontrarlos en Rusia y en España, países que, como se ha dicho reiteradamente, tienen un alma común, ya que rusos y españoles — el oriente por latitudes distintas — están tocados de un mismo misticismo vigoroso. Rilke, dice Pino, no siente simpatía por el occidente material y colectivo. (El colectivismo en Rusia es una imposición sangrienta de los zares soviéticos). Poco a poco Rilke se va alejando de la realidad, de la naturaleza, de los hombres, y se adentra en su mundo interior, donde está su Dios. Sus primeras poesías tienen una tónica romántica—neoromántica, dice Pino con mucha propiedad — porque es el suyo un romanticismo depurado de toda excrecencia, verbal, poesía de tono menor en que sólo vibra su yo íntimo otoñal y sobre todo, en Vigilias:

Los campos pálidos ya duermen
mi corazón tan sólo vela:
pliega en el puerto ya la tarde
su roja vela.

¡Vigilia trémula de ensueños!
La noche pasa por el llano:
la luna, blanco lirio,
se abre en su mano.

Desde el libro de las imágenes, y especialmente en el libro de las horas, en los sonetos a Orfeo y en la Elegía de Duino, encontramos la poesía de Rilke en su lirismo más puro y hondo, cuando sus ansias de soledad y de Infinito, se remansan. Logran entonces la plenitud con palabras cotidianas, cogiendo la fugacidad poética lírica en imágenes objetivas. Así, en Danzarina española:

Con la mirada enciende sus cabellos
y de una vez con arte atrevidísimo
envuelve su vestido en este incendio,
de donde como sierpes espantadas
castañeteándose extiéndense sus brazos.

Pero creemos que estos dos versos, de uno de sus sonetos expresan cabalmente la filosofía esencial de su poesía:

Que cantar en verdad, es otro aliento,
un aliento en torno a nada. Un soplo en Dios. Un viento.

Milton Rossel.

RICARDO DONOSO: Don Ambrosio O'Higgins. (1)

No siempre resultan embellecidos los personajes de la historia cuando los toman en sus manos

los biógrafos y los convierten en tema de una paciente reconstrucción. Una moda literaria que sin duda habrá de ser efímera ordena aglomerar en torno al personaje todas las anécdotas que se consignan en los más viejos papeles, aun cuando con ello sufra no sólo el concepto que tenemos formado del héroe, del guerrero, del santo, sino hasta el gusto ilustrado del lector. La obra que con el título de «El Marqués de Osorno don Ambrosio Higgins» acaba de publicar don Ricardo Donoso no se enfla, afortunadamente, en el número de esas biografías llenas de anécdotas al uso. El historiador ha querido ir más lejos y ha esbozado en sus páginas no sólo el elogio justo de un mandatario por muchos conceptos ejemplar, sino también las costumbres administrativas de la Colonia. ¿Resulta de ello empequeñecido el personaje? No, en modo alguno. ¿Disminuye acaso el respeto que nos merece la forma en que la metrópoli encaraba los problemas de la vida americana? Tampoco.

¿Cómo ha logrado el señor Donoso escapar de Scila sin caer en Caribdis? Lo ha logrado a fuerza de gran talento de historiador y de profunda lealtad. Ha debido, por ejemplo, comenzar por despejar el camino de los infundios que en él habían dejado los historiadores de otros días. Una fácil leyenda prodigada en mil formas, nos mostraba en don Ambrosio Higgins — u O'Higgins, como se prefiera — el extraño encumbramiento de un nombre que desde la tosquedad de los más rudos comienzos había alcanzado la codiciada prebenda del Virreinato de Lima. Y entonces era de preguntarse en virtud de qué motivos la Corona, generalmente exigente para designar a sus delegados y mandatarios, había galardonado a don Ambrosio con empleos codiciados por todos. Para esta pregunta no había respuesta en aquellos textos primitivos que el señor Donoso se encarga de aventar con el peso de su investigación crítica.

No está resuelto en modo alguno el problema de los orígenes de don Ambrosio, y el propio señor Donoso, que ha llevado su estudio mucho más lejos que todos sus predecesores, debe confesar que hay mucho en sombra en la juventud de O'Higgins. Lo que en todo caso queda en claro es que no faltaron a éste valedores en la Corte de España, y que ésta no sólo no se doblegó ante la presión de los inevitables adversarios del irlandés empeñoso y diligente, sino que distinguió a O'Higgins con premios nada vulgares. Queda en claro, por ejemplo, que se le hizo Marqués de Osorno en forma espontánea, poco tiempo después de haberse revalidado en su beneficio el título de Barón de Ballenar (Vallena en la geografía de Chile) a solicitud del agraciado.

Historiadores más provistos de fantasía que de seso quisieron mostrarnos a O'Higgins recorriendo a pie los caminos y las calles de las provincias americanas señoreadas con España, no para realizar fabulosas hazañas de guerra sino para obtener el sustento con la venta de chucherías y de zarandajas. Dicho en pocas palabras, pasó por artículo de fe que don Ambrosio habría sido un falte o chamarilero en Lima, en Santiago y en otras ciudades. La verdad es que el futuro Virrey emprendió

(1) Ediciones de la Universidad de Chile.

el comercio, pero lo abrazó en grande, moviendo miles de pesos fuertes en mercaderías que por cierto no vendía directamente sino a otros comerciantes más pequeños. No era rico, sin duda; pero gozaba de crédito abundante, a pesar de las dificultades que al comercio oponían las increíbles distancias, el océano de por medio — porque algunos de los acreedores estaban avecindados en España — y las comunicaciones que tardaban años y meses en anudarse.

De la lectura del libro del señor Donoso se obtiene en síntesis un resultado que podría reducirse a pocas palabras. Descartemos del todo la leyenda del falte, porque O'Higgins no lo fué. Queda en pie que creció en nombradía y fama dentro de la sociedad colonial hasta obtener que la Corona no sólo aceptará sus planes de gobierno y sus medidas administrativas, políticas y militares de todo orden, sino que le prefiriera en la provisión de empleos tan importantes como el de Capitán General de Chile y el de Virrey de Lima y le otorgara espontáneamente el marquesado de Osorno. Queda en pie igualmente que el irlandés tenía alguna competencia como delineador, o ingeniero acaso, y que cuando pretendió entrar al ejército y se le aceptó en él, logró hacer buena carrera en las armas. Pero queda sobre todo patentizado en este libro que el fuerte de O'Higgins era su celo extremado por el servicio de S. M., dentro del cual realiza el ideal del funcionario en el gobierno de despotismo ilustrado, que es la denominación que cuadra y que de verdad se ha empleado para caracterizar el gobierno colonial a fines del siglo XVIII.

No hace el autor, ni cabría dentro de los límites de su libro, plétorico de hechos nuevos y de documentos hasta hoy no empleados, un paralelo entre O'Higgins y el Emperador de Prusia, a quien la historia ha reservado el nombre de Federico el Grande, para distinguirlo de los muchos homónimos que tiene. Lo cierto es que entre uno y otro hay mucho parecido, mutatis mutandi. Federico enseñó a trabajar a los alemanes, sin contentarse con que laboraran en las mismas tareas que rutinariamente les ocupaban las horas desde tiempos inmemoriales. Buscó para ellos ocupaciones nuevas, aclimatando nuevos cultivos, planteando industrias que entonces pasaron por artificiales y hasta inadaptables al país, y procurando, en fin, en todas formas, que el pueblo prusiano diera de sí más que lo que la naturaleza parecía haberle concedido como frontera. Y lo curioso es que Federico obtuvo buen éxito en su empresa, y la Alemania de hoy, a ejemplo de la Prusia de su tiempo, no es otra cosa que lo que Federico quiso que su pueblo fuera.

Don Ambrosio hace algo semejante en Chile y en el Perú aun cuando es visible que la acción provisoría de su temperamento logra explarsé mejor en nuestro país. Se explica esta diferencia por los años. Cuando fué nombrado Intendente de Concepción contaba 66 años de edad, si se acepta que había nacido en 1720, como cree el autor de este libro; a los 68 se le nombró Capitán General de Chile. Al Virreynato de Lima llegó a los 75 años de edad. El tiempo no transcurre en vano, y el asombroso caso de O'Higgins lo prueba una vez más. El diligente funcionario de Chile que recorre detenida, prolijamente el territorio de su jurisdicción, que funda ciudades, traza caminos, promueve nuevos cultivos, plantea la reforma agraria y vigila con ardiente celo por el progreso de su provincia, es ya un anciano caduco cuando la Corona le hace

Virrey. Pocos años bastan para liquidarle y llevarle a la nada, sin que en Lima deje, como en Chile, imborrables huellas de su actividad, de su energía, de su celo por el bien público y de su inspirado y arrebatado genio de improvisador y de adalid.

También queda en claro en este libro que la administración colonial de España en América era la mejor que se podía dar a terrenos tan distantes de la metrópoli y que los desaciertos en ella cometidos, «culpa fueron del tiempo y no de España». Basta el caso de este hombre a quien la Corona distingue en todas formas para probar que en España también era el mérito el mejor argumento para aspirar a las dignidades, y no sólo los títulos heredados ni los apellidos retumbantes, de modo tan cumplido que nada deja que desear en estos tiempos de sobajada democracia. Las virtudes públicas de O'Higgins fueron visibles en Madrid y en Aranjuez y dondequiera que estuviese la Corte, y jamás pudieron empañarlas ni las intrigas de los enemigos ni el encono persistente de los intereses subalternos que necesariamente el gobernante hubo de herir de cuando en cuando. La propia caída de O'Higgins, que el autor se inclina a atribuir a que la Corona hizo purgar al padre los deslices libertarios del hijo, ¿no tendrá también su causa en la senilidad del Virrey, a que nos referimos más arriba?

Pero hemos mencionado ya al hijo, es decir, al padre de la patria chilena, al héroe inmaculado y sin par de nuestro pueblo, a Bernardo O'Higgins. He aquí el rasgo feo de la vida de don Ambrosio, el que menos le favorece en cualquier retrato que no pretenda ser sólo una agradable viñeta. El encumbrado personaje no contrajo matrimonio con la madre de aquel niño para no entorpecer la carrera administrativa que había emprendido, y trató a su hijo siempre como a un bastardo, sin otra excepción notoria que aquel instante en que por testamento le legó la rica hacienda de las Canteras. No hay congruencia entre el mandatario eficiente, cumplidor, celoso del bien común, y el padre olvidadizo, terco, inaccesible, ignorante de la ternura, que llega a parecernos empeñado en que jamás su hijo tenga motivo alguno para recordarle con cariño. Y la suerte quiso que el mejor gobernante que Chile tuvo en el período colonial fuese el progenitor del libertador de Chile y, en suma, del fundador de la nacionalidad chilena.

El libro del señor Donoso, henchido de noticias nuevas, fruto de un acucioso estudio de antecedentes inéditos y de curiosidades reunidas con extraordinaria paciencia, presta base a muchas reflexiones que no nos ha sido dado sino desflorar. En nuestra parva literatura sería habrá de ocupar con el tiempo un lugar aparte tanto por la severa depuración de los testimonios históricos que contiene, como por el calor humano de que sabe revestir el autor las páginas de evocación de las postrimerías de la colonia, cuando se insinúan grietas en el soberbio edificio y cuando hombres nuevos se aprestan a empuñar el timón que dejan abandonado los capitanes y los virreyes. — **Raúl Silva Castro.**

EUGENIO GONZALEZ: Destinos. Los dos libros anteriores de Eugenio González, «Más afuera» (que trata de un desterrado) y

«Hombres» (de un revolucionario frustrado), nos revelan a un escritor a quien le gusta estudiar el choque de la realidad con el ensueño. Su autor es profesor de filosofía del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En 1932 fué Ministro de Educación, y más tarde, en Venezuela, estuvo encargado de la reorganización de la educación nacional.

En los seis cuentos de «Destinos», no trata González de cuestiones educacionales, sino de psicología. La mayoría de sus personajes satisfacen sus impulsos sexuales sin dominarlos filosóficamente. Por eso, de los seis cuentos cinco son trágicos, y todos tienen mal sabor para los lectores que con ellos se identifican. Pero para los lectores a quienes les gusta una prosa fácil y la frase exacta que dibuja con precisión a los personajes, «Destinos» será siempre un libro de mucho interés. No se pueden negar los dones del escritor, aunque se siente lástima de que se concentre tanto en el mismo tema.....

En el primer cuento, «Sueño de verano», un tal don Ignacio, hombre serio y metódico, y al parecer secretario de un ministerio, siente irresistibles deseos de poseer a las mujeres que ve por las calles de Santiago. Pero, a causa de su posición, teme hablar con las desconocidas que encuentra, hasta que una señora le provoca con sus sonrisas. Los dos charlan sentados en una banca de la Alameda. Ella le confiesa que está cansada de las reprensiones de su tía, y de sus sermones, y que piensa suicidarse. Los dos van a un hotel..... Después, en sueños, ella cree oír la voz de su marido, y grita. Por calmarla, don Ignacio la mata, y enloquece.

«Una vida» describe a un monstruo que pasa la vida en cama, de día leyendo literatura erótica, y de noche imaginándose en brazos de una amiga de su hermana. Una tarde, el enfermo se encuentra solo con la muchacha y la ataca. Ella logra salvarse después de una larga batalla. Pero luego termina el cuento mostrándonos a la arisca muchacha en su propia alcoba, viviendo de nuevo su aventura y desconcertada ante el deseo que revela el destino de su carne.

«La Tonta» contribuye a la literatura de los niños vagabundos. La Tonta es una infortunada que se entrega a cualquiera, ávida de tener un hijo, una «guagua». Vive con dos lustrabotas, y al fin es madre, pero el hijo le nace muerto. Eso no le importa a la Tonta, que se siente contenta.

En otros cuentos, el profesor González nos presenta a una secretaria que pierde su posición y luego se mata, todo como resultado de un amorío que había comenzado en broma. Y a un joven que se enamora de una prostituta, con quien se casa, terminando por sentirse muy orgulloso cuando a ella le nace un bebé.

«Destinos» no es un libro pornográfico. A su autor le interesa sólo el destino de las personas a quienes domina el sexo, y su libro es de notable mérito artístico. — Willis Knapp Jones, Miami University, Oxford, Ohio.

GUILLERMO ROJAS CARRASCO: Filología chilena. (Ediciones de la Universidad de Chile.)

Si se recuerda el influjo realmente enorme que ejerció don Andrés Bello sobre el espíritu chileno, nadie extrañará que los estudios gramaticales y filológicos hayan tenido en Chile cultivadores eminentes. Y a explicar al mundo entero lo mucho que representa en la filología castellana la contribución de los chilenos, tiende el libro de Guillermo Rojas Carrasco editado recientemente en Santiago por la Imprenta y Litografía Universo. «Filología chilena» (que así se llama ese libro) se halla dividido en siete partes: estudia la primera la labor de los ortógrafos chilenos; analiza la segunda los trabajos realizados por naturales de Chile en materias lexicológicas y lexicográficas; la tercera trata de lo hecho en la gran nación del sur referente a lenguas indígenas; se halla consagrada la cuarta a los estudios gramaticales, etimológicos y semánticos de que puede enorgullecerse la literatura chilena; describen la quinta y la sexta los trabajos de gramática, especial y de alta lingüística firmados por chilenos, y comprende la última una crítica de las investigaciones adelantadas sobre el folklore chileno. Aunque necesariamente incompleto, pues no se trata de obra definitiva sino de una simple guía, «Filología chilena» es un libro que bien merece el premio honorífico que le otorgó la Academia Chilena de la Lengua. Y es libro que pone a Rojas Carrasco en primera fila entre los actuales cultivadores de la filología castellana. (En 8.º, 300 págs. Santiago, 1940.) (*Revista Javeriana.*)

NORBERTO PINILLA: Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral. 69 pp. (1)

Norberto Pinilla, joven y bien conocido escritor chileno, autor ya de una obra que se distingue por la honradez y la disciplina en el esfuerzo, ofrece en este folleto una excelente bibliografía crítica de su ilustre conterránea, Gabriela Mistral.

Las grandes figuras de la literatura de Hispanoamérica, particularmente las que a través de la lírica alcanzan la difusión más amplia de sus producciones, sufren un período de funesta popularidad, durante el cual el elogio sistemático — «el incomparable», «el divino Rubén», «Nervo, el místico sublime»; «la divina Gabriela» — estorba el verdadero conocimiento de la obra de esos grandes artistas. A este último conocimiento se llega después que la adjetivación frondosa de la seudocrítica populachera se marchita. Entonces queda expedito el camino recto hacia esas grandes figuras, el cual parte de los pacientes y humildes esfuerzos de la bibliografía. Pinilla lo sabe, y por eso ofrece la primera bibliografía completa de Gabriela Mistral. Y para aumentar las facilidades de los estudiosos, ha acompañado cada referencia con una nota crítica que orienta al investigador, simplificándole la labor de selección para reunir los más acertados trabajos acerca de la gran poetisa chilena. Esta obra de Pinilla lleva muy bien su nombre: es una bibliografía crítica muy completa y muy bien construida.

(1) Ediciones de la Universidad de Chile.

Recorriendo las páginas de este folleto puede comprobarse «documentalmente» esa evidente falta de proporción entre la cantidad y la calidad en lo que se ha escrito acerca de Gabriela Mistral. La poetisa sale ahora quizá de ese período de falsa aureola que no necesita, que la perjudica; y merced a lo que ha de hacer la crítica interpretativa, comprensiva, podrá manifestársenos mejor su personalidad hasta sus planos más profundos. Y en esos resultados tendrá su parte honrosa Norberto Pini-lla, autor laborioso e inteligente de esa valiosa bibliografía. — **Raimundo Lazo**, Universidad de La Habana.

HERNAN DIAZ ARRIETA («Alone»): **Don Alberto Blest Gana**. Estudio biográfico y crítico. Aporta nuevos datos para la biografía del novelista chileno e incluye algunos documentos. En 338 pp. (1)

En la primera parte de la obra el señor Díaz Arrieta dedica largo espacio al estudio de la familia del novelista para pasar luego a su infancia, juventud, actividades políticas y diplomáticas y sus últimos años en París. En la segunda parte «Alone» hace el análisis de las principales novelas de Blest Gana: «La aritmética en el amor», «Martín Rivas», «El ideal de un calavera», «Durante la Reconquista», «Los transplantados», «El loco Estero» y «Gladys Fairfield».

La crítica de «Alone» es siempre de carácter interpretativo y expositivo. Ve con gran afecto la obra novelística de don Alberto y siempre trata de hacer resaltar sus cualidades buenas, dejando en el silencio sus defectos. Díaz Arrieta es un crítico cultísimo y ni por un momento nos imaginamos que ignore cuáles son los defectos del autor de «Martín Rivas».

En el Capítulo XVI de su obra dice «Alone»:

«Otro punto de vista de Blest Gana. Arturo Torres Rioseco juzga a Blest Gana desde un punto de vista estético e internacional que no resulta favorable al novelista.»

Aunque yo esté de acuerdo con Díaz Arrieta en que la novela no es un género estético puro al que puedan aplicársele las mismas reglas que a la poesía, sino un género mixto, una verdad fundamental prevalece: la novela debe ser antes que todo artística y después... lo demás. Y aquí es donde yo entro en pelea con mis dos compatriotas. Blest Gana no sabe escribir aunque sepa construir una novela, y en esto se parece mucho a otros distinguidos noveladores tales como Zola, Blanco Ibáñez, Ricardo León, Concha Espina, etc.

Hay otro punto que quisiera dejar en claro antes de terminar esta breve reseña. Digo yo en mi obra «La Novela en la América Hispana»: «Con todo (Blest Gana) es nuestro único novelista digno de tal nombre en el siglo XIX y su ejemplo de nacionalismo literario ha sido muy útil para ciertos escritores contemporáneos como Eduardo Barrios, Rafael Maluenda, Fernando Santiván y Joaquín Edwards Bello.» «Alone» es cibe, comentando esta opinión: «su acción sobre Barrios, Maluenda, Santiván y Latorre, nos parece mínima, si es que existe.» No había di-

(1) Nascimento, 1940.

cho yo Latorre sino Edwards Bello, pero el hecho de que el nombre de Latorre se le venga a la memoria al señor Díaz Arrieta indica que también puede buscarse algún indicio por este lado. Obsérvese que digo: «su ejemplo de nacionalismo literario ha sido muy útil», etc. Nadie puede negar que Barrios en «Un perdido», Maluenda en «Escenas de la vida campesina», Santiván en «La hechizada», vuelven los ojos a las costumbres y al campo chileno como lo hizo Blest Gana en «Un drama en el campo» y en «La flor de la higuera». Y sería ocioso negar el parentesco que existe entre «Los transplantados» y «Criollos en París» de Edwards Bello.

«Don Alberto Blest Gana» es una obra escrita con pulcritud y moderación. Díaz Arrieta se documenta bien y escribe con soltura y elegancia. Su libro viene a poner fin a esos ensayos de que habla Díaz Arrieta: «En Norte América, algunos estudiantes universitarios han dedicado tesis y memoria de prueba a Blest Gana. Lemos una que se tradujo y permanece inédita. No vale nada. Persona competente que ha visto las otras nos afirma que tampoco sirven.» Y viene a poner fin por muchos años a todo deseo de decir algo más sobre este escritor. La obra de «Alone» es una obra definitiva. — (Revista Iberoamericana.)

R. SILVA CASTRO: Blest Gana.

(1)

«Señor don Raúl Silva Castro. Presente.

Muy distinguido amigo:

Acabo de terminar la lectura de su «Blest Gana». Lo he leído con interés y provecho que no sabría ponderar bastante y que resumo en dos palabras: libro capital de nuestra crítica biográfica y literaria. Este enorme estudio sobre el gran novelista es un repertorio insondable de variadísimas noticias y sólida erudición, modelo de relato amplio y metódico de un asunto en que la entusiasta apreciación estética no oscurece a la serenidad y firmeza del juicio literario. Ha tenido Ud. la suerte — pocas veces concedida a un autor — de poder realizar en plenitud y con toda madurez de talento lo que su fantasía vislumbrara al iniciar esta vasta construcción.

Para honra de las chilenas letras ha evocado Ud. la descollante figura de don Alberto Blest Gana, proyectando sobre ellas las luces todas de la historia, la biografía y la crítica; ante nuestra vista el personaje revive con todos sus característicos dones intelectuales y nobles cualidades, con sus acendradas virtudes domésticas y ciudadanas. Queda así cumplido ¡y magnificante! el designio expuesto por Ud. al comienzo de su libro. Dice Ud. ahí (p. XIII, XIX y XX): «hemos querido nosotros evocar en un relato coordinado toda la existencia del señor Blest Gana desde su nacimiento en 1830 hasta su muerte en París, noventa años más tarde; recordar sus servicios públicos desde los estudios en la Escuela Militar hasta las comisiones que, jubilado ya, desempeñó en horas dedicadas a un legítimo reposo. . . ., buscar en lo posible noticias inéditas, de primera mano, que nos muestren aspectos desconocidos del ciudadano y del escritor.» Habla más adelante de «el propósito de investigación

(1) Ediciones de la Universidad de Chile.

exhaustiva» que se propuso, y concluye, por último, expresando que a este libro se le debe apreciar «como obra de investigación histórica y de crítica literaria».

Tal como está su libro, él me recuerda las extensas y magníficas biografías que suelen los ingleses consagrar a sus grandes hombres, un Gladstone, por ejemplo, o un Macaulay. Ahí como aquí, encuentro la misma penetrante simpatía, análoga comprensión del personaje biografiado; ningún detalle es omitido porque a todos comunica interés y vida la personalidad del individuo en estudio. «Toute proportion gardée.» Ud. ha hecho otro tanto con su personaje.

Aun cuando su proyecto — según acabo de enunciarlo — era complejo y vastísimo, aquí lo tenemos cumplido por Ud. en forma que, acerca de don Alberto Blest Gana, queda ya establecido punto menos que cuanto cabe decir. La vida y la obra del novelista, su actuación diplomática, su carácter e inclinaciones artísticas, sus capacidades de observador y psicólogo están señalados con superabundancia de comentarios y detalles que agotan, casi, el tema. En el robusto tronco de una inmensa biografía ha prendido Ud. el amplio ramaje y florescencia de la obra literaria del preclaro novelista. Sin rigores ni dogmatismos pseudocientíficos, ha puesto Ud. así en práctica la teoría de Taine en lo que tiene de acertado, situando a su autor en el medio ambiente, con sus antecedentes de raza y sus vocaciones congénitas que van a convertirlo en un escultor de almas.

Precisamente su plan de colocar a Blest Gana en su propio ambiente social, en el seno de su familia y amistades, en diario comercio con los más notorios ingenios de su tiempo, nacionales o extranjeros, le ha permitido a Ud. — para mayor deleite e ilustración de sus leyentes — agrupar junto al novelista a todos los fundadores de nuestra literatura, oír sus comentarios, conocer sus opiniones y tendencias, escuchar sus juicios aprobatorios o las críticas que sus novelas le inspiraban. Vemos así a Blest Gana reflejado en el alma de sus coetáneos. Y tratándose de un novelador empeñado en pintar la circunfusa realidad, el máximo y concorde asenso y aplauso de Bello, Barros Arana, los Alemparte, Lastarria, Matta, es una garantía de que el autor supo captar y reproducir con absolutas fidelidad y verosimilitud el mundo que tenía a la vista. En su libro ha dado Ud. a esos testimonios toda su eficacia demostrativa; con lo que viene a confirmar también todas las apreciaciones formuladas por Ud. mismo en el curso de estas nutridas páginas.

Toda la inmensa copia de datos y noticias, citas, referencias y estadísticas ahí acumulada que habla de un minucioso y largo estudio y elaboración de la materia, ha sabido Ud. distribuirla y ordenarla metódicamente de manera que el lector, no abrumado por ella, pueda orientarse fácil y expeditamente. Las divisiones capitales del libro — introducción y cinco partes — corresponden a secciones perfectamente determinadas del asunto. Del riguroso método resulta la plena claridad; y su obra, aunque de ingente volumen, es sencillo abarcarla en sus líneas directrices. Todavía Ud. ha simplificado la consulta de ella anotando con esmero incansable, pormenores, detalles, sucesos y episodios con atinadas y concluyentes explicaciones, y cuando faltó alguna base de sólida inducción, con muy plausibles conjeturas. Más que eso ha hecho

Ud.: ha logrado animar el tema vasto con un lenguaje castizo, claro, casi siempre correcto, estilo que en ocasiones se eleva sin degenerar en insustancial fraseología, estilo siempre adecuado al asunto que expone.

Claro está que la parte más considerable de su trabajo, la que mayor esfuerzo de búsqueda, de confrontación de testimonios y correspondencias entre todo ello ha debido exigirle, es la que describe la vida del novelista. De tal empresa ha salido Ud., a mi juicio, muy airoso; y debe abrigar la certidumbre de haber aportado un enorme caudal de noticias e ilustraciones a la biografía de nuestro autor. Estimo yo poco menos que definitiva esta sección de su libro. Los nuevos datos que en el futuro puedan aparecer, encuadrarán fácilmente en el marco al efecto preparado por Ud. No por menos ostensible y destacada deja ésta de ser labor en extremo loable y meritoria: así debe entenderlo nuestro público que no dispone de muchas obras como ella, plenísima hasta ser exhaustiva.

Pero, como es natural la masa de los leyentes — a quien más importa la labor novelística del autor que las incidencias de su vida misma y que por ende conoce en gran medida sus novelas — irá de preferencia a las secciones III y IV, donde Ud., con prolijidad suma, con seguro y recto criterio, con amplia noticia de las literaturas patria y extranjeras, expone y justiprecia las producciones de Blest Gana. También aquí los lectores se hallarán de sobra pagados de su lectura y admirarán la claridad, fineza y exactitud de su exposición y el acertado juicio que las obras de nuestro novelista individualmente analizadas, le merecen. Breves páginas bastan a Ud. para describir la intriga de esas novelas, para caracterizar a sus personajes y destacar los méritos o señalar algunos defecto de los relatos; y nadie habrá que no concuerde con el veredicto que reciben. Ud. no analiza fríamente dichas composiciones: las examina con interés y novedad, sin ocultar el entusiasmo que algún carácter, cualquiera escena o cierta aguda observación del novelista le inspiran, o las leves censuras sugeridas por las fallas de la construcción romanesca.

A mí, empero, lo que más me interesa y atrae en esta sección del libro es que al emitir su juicio acerca de las aludidas novelas, Ud. proclama el criterio y los motivos en que lo funda. Plenamente coincido yo con su manera de ver y sentir. Comprendo y aplaudo sus razones de estética more clásico, consagradas durante veinticinco siglos por centenares de obras inmortales: comprendo y comparto su tendencia a buscar en dichas creaciones el arte de la composición armónica la convergencia de los episodios y efectos, la arquitectónica literaria; lo comprendo enamorado del buen gusto y el buen tono, de una serena visión de la naturaleza humana que repudia las exageraciones y rarezas de concepto y lenguaje y no tolera el rebuscamiento en los giros, los vanos oropeles y los desentonos de cualquiera especie. Con así decirlo o insinuarlo presta Ud. a las letras chilenas señaladísimos servicios. Ese arte sobrio y severo, distante de lo vulgar, oscuro y grosero, arte servido por un estilo correcto, flexible, mesurado en sus múltiples aplicaciones y rara vez fuera de la línea, es el que en sus novelas realizó Blest Gana y es el que Ud., en mi entender con sobra de justicia, defiende y celebra prestándole todo el prestigio de su autoridad crítica.

Especial mención requieren a este propósito las páginas capitales de su obra, aquéllas (578 y sig.), en que examina y describe las condiciones de psicólogo propias de Blest Gana, que determinaron la elección de sus temas, de los sentimientos y pasiones que puso en juego y de los personajes en quienes los encarnó. En ellas sintetiza Ud. su opinión acerca del novelista chileno y su don de crear almas; en ellas asigna al artífice de «Martín Rivas» su puesto en el plano de nuestra literatura. Traducándose a la época en que viviera el autor y respirando en su ambiente, consideradas las categorías sociales con sus costumbres y prejuicios de entonces, visto lo incipiente y tumultuoso de la vida política y doméstica a la sazón, llega Ud. a formular un juicio que podría resumirse así: Blest Gana, fundador de nuestra novela nacional, pintor fidelísimo de nuestras clases media y proletaria, incansable observador de los seres humanos, logró crear, con profundo y vivido realismo, unos cuantos tipos de chilenedad eterna.

No sólo en el retrato individual de cada personaje se manifiesta ese don del novelista - psicólogo: él se destaca, también inconfundible, en la génesis misma de los conflictos pasionales, en los choques de voluntades que imagina el autor y en la solución humana y normal con que les pone fin. Esos conflictos nacen del contraste de los caracteres y de las pasiones que los mueven; y Blest Gana, con seguro y raro acierto, los resuelve conforme a las leyes que dicta la sociedad y, antes que ella, el corazón del hombre.

Todo esto lo dice o insinúa Ud. con plenitud y nitidez en las hondas páginas que comento, de modo que huelga, casi, insistir sobre el particular. Dentro de la inevitable relatividad de las opiniones literarias y estéticas y con las reservas que en este caso imponen la especial educación del novelista, su temprano y definitivo alejamiento del país natal y el público a quien se dirigía, con dichas reservas, no habrá nadie que no suscriba las elocuentes y justicieras palabras con que Ud. clausura esta sección del libro. Escribe Ud. ahí (p. 589): «Blest Gana fué no sólo un psicólogo avezado, profundo, admirablemente dotado para ver las almas de los hombres por dentro, que ligó estrechamente los actos materiales de sus personajes a tendencias generales de la raza chilena. . . . , sino que además, logró componer en sus obras una imagen psicológica tan coherente y profunda de la vida chilena que sus novelas vienen a formar en conjunto la suma de los caracteres nacionales.»

Quéjase Ud. al comenzar su trabajo de que a don Alberto Blest Gana aun no se le haya dedicado un estudio de conjunto que lo yerga por siempre ante la vista admirada y respetuosa de sus contemporáneos. Pues bien, en estas páginas que acabo de leer está ese perdurable monumento de la grandeza de nuestro novelista y de la ciencia y el talento de quien supo erigirlo.

Por él lo felicito muy sinceramente, agradecidísimo a toda la ilustración que en sus páginas he cosechado; y una vez más me digo su muy cordial amigo y S. S. — Ricardo Dávila Silva.

AMADO ALONSO: Poesía y estilo de Pablo Neruda. (Losada, Buenos Aires.)

El orden, la claridad, el método, la lógica rigurosamente encajonada hallan en Amado Alonso una expresión perfecta y constituyen la gloria de su oficio, desempeñado por el crítico y filólogo español con una ciencia y una conciencia que le dan categoría de maestro.

El desorden, la obscuridad, la dispersión mental o sentimental y la ruptura de toda lógica accesible forman la característica de Pablo Neruda, el más avanzado de los poetas vanguardistas y uno de los más ilustres.

Estos dos polos de signo contrario se han atraído.

No para herirse:

Por el contrario: Amado Alonso, admirador de Neruda, acaba de consagrarle un libro entero, un volumen minucioso de ceñido estudio, de finísimo análisis, de comprensiva interpretación.

El espectáculo, altamente honroso para las letras chilenas, merece contemplarse y no dudamos en considerarlo todo un acontecimiento.

Unas cuantas palabras de nítida fijeza plantean, desde luego, la situación del crítico. «Los tiempos en que nos ha tocado vivir son tan desastrosos que más que nunca, se justifica ahora, si no una poesía que se complace en su propio ejercicio, si no un arte por el arte como fuga de la vida en general, si una poesía que como fuga de la vida histórica que corre, se acoja a la serenidad de los valores eternos y se dignifique y nos dignifique con el hermoso equilibrio de la elaboración artística. ¡Oh! musa de la tierna perfección, musa de Virgilio, de Garcilaso y de Racine, oh musa exacta de Paul Valéry y de Juan Ramón, en vuestros cantos hallamos consuelo y una invitación indirecta a la hombría mayor, la del varón justo de Horacio, impávido mientras se le desploma el mundo!» Bastaría detenerse aquí y volver la oración por pasiva para tener la condenación de cuanto Neruda encarna, humana y estéticamente.

Pero Amado Alonso no se detiene.

Rendido ese homenaje a la belleza eterna, hecho ese saludo a la tradición alta, luminosa, imperecedera, da media vuelta y añade: «Pero, ¿por qué no **también**: una poesía «toto orbe» diferente? ¿Por qué no una poesía que no tape el dolor, sino que se cebe en él, que se hunda en lo radical, permanente e insoluble de nuestra congoja, dejándose de lo accidental histórico, huyendo de él hacia su centro, como en el vértigo? Y — atrevámonos a decirlo — ¿por qué no **también** una poesía tan urgente que esculpa a toscos hachazos, en cuyo canto se reconozca aun el grito, donde la materia no esté del todo señoreada y reducida a forma intencional, una poesía, en fin, de impetuoso barranco de lluvias, no de regato de plata, impura, imperfecta y a tumbos con materiales no asimilados?»

Podría responderse: porque la verdad es la Verdad, porque el bien es el Bien, porque la belleza es la Belleza.

¡Pero esto provocaría tantas discusiones! La verdad, el bien, la belleza. . . . Antes se sabía lo que eran, antes había normas inmortales y arquetipos. Antes se sabía y se creía. Ahora. . . .

Ahora se abre la puerta del paraíso, se le da una mirada y se dice: Podríamos ir a divertirnos a otra parte.

Bien.

Dejemos a Virgilio y Garcilaso, a Racine, a Juan Ramón, a Valéry. «Hay una sola cosa superior a la belleza y es «le changement», la mudanza», escribía Barrés. Cambiemos, pues, soñemos, deliremos. La lógica nos tiene fatigados; la razón no nos inspira confianza. Existen otras potencias de conocimiento y ellas permiten evadirnos de esa cárcel.

Leamos a Neruda comentado por Alonso.

¿Habéis visto a un ebrio conducido por un hombre lúcido? He ahí la imagen de este libro. El ebrio da traspiés, se detiene, murmura palabras incomprensibles, echa a caminar de nuevo, torna a detenerse, suspira, se va de costado y parece agonizante. A veces llora a gritos, a veces canta destempladamente. O guarda silencio y se empeña en dormir, en tirarse al suelo, como muerto. ¡Qué trabajo el del hombre bueno y sano!

No lo ha tenido menor Amado Alonso con este ebrio trascendental que se llama el autor de «Residencia en la Tierra».

Porque Amado Alonso casi no habla de «Crepusculario», la primera y maravillosa obrita de Neruda, donde hay piezas de pura antología, sin ninguna dificultad; él se ha propuesto resolver un problema, interpretar una «poesía hermética» y va, naturalmente, a lo más arcano.

Por ejemplo:

Hay pájaros de color de azufre, y horribles intestinos
colgando de las puertas de las casas que odio,
hay dentaduras olvidadas en una cafetera,
hay espejos
que debieran haber llorado de vergüenza y espanto,
hay paraguas en todas partes, y venenos y ombligos.

En esta poesía, «Walking around», el poeta maldice la vida organizada y extrema «las imágenes feistas», enumerando las cosas odiosas que hay aquí y allá, y para más feas y odiosas, las ve sueltas y desconectadas, como acusando su sin sentido. Los espejos debieran avergonzarse y espantarse de reflejar una vida tan radicalmente fea. . . . una vida que esclaviza a los individuos con sus oficinas, que los falsea y desnaturaliza. . . . «Es decir, para matar, para exterminar, para suprimir una cantidad de cosas feas les agrega otra cosa más desagradable: su poesía. La lógica dice que, después de escrita, habrá mayor número de cosas dignas de ser maldecidas en el mundo. Pero como hemos abandonado la lógica. . . .

Un canto de amor. El poeta se dirige a una mujer a quien ama:

Por desgracia no tengo para darte sino uñas
o pestañas, o pianos derretidos,
o sueños que salen de mi corazón a borbotones,
polvorientos sueños que corren como jinetes negros,
sueños llenos de velocidades y desgracias.
Sólo puedo quererte con besos y amapolas,

con guirnaldas mojadas por la lluvia,
mirando cenicientos caballos y perros amarillos.

Amado Alonso, después de conversar con Neruda, interpreta así los versos: «Oh niña entre las rosas, ¿qué te puedo yo ofrecer? ¿Qué puedes hallar en mi amor? Por desgracia; solamente angustiosos sueños de descomposición y desmembramiento, excrecencias sueltas, como pestañas o uñas; las cosas sólidas, las de perfiles más marcados, deformándose con movimientos de líquidos espesos como en la imagen de un espejo abollado (pianos derretidos.)» La interpretación es ingeniosa; pero ¿cómo encajarla? El **feísmo**, y Neruda cultiva, además, el horribilismo, el asquerosismo, no obedece a la intención del poeta. Impone su significado. Las uñas del primer verso sugieren deseos de arañar, furor; las pestañas, descuido personal o enfermedad sucia; los pianos derretidos, un incendio. Claro que si el lector, de acuerdo con el autor, rehusa esas evocaciones e inventa otra, los versos cambian y hasta puede surgir la poesía; pero entonces no surge del verso mismo sino del trabajo o del convenio entre lector y autor. El verso dice otra cosa y lo que dice es, inevitablemente, feo, necio o loco.

Otro caso.

Como ejemplo de sintaxis borrosa, cita Alonso estas líneas:

Adentro del anillo del verano
una vez los grandes zapallos escuchan,
estirando sus plantas conmovedoras,
de eso, de lo que solicitándose mucho,
de lo lleno, oscuros de pasadas gotas.

Pertenece al poema «Galope muerto». Vale la pena examinar cómo las analiza el crítico (pág. 118): «En el verano, exuberante de vida, los grandes zapallos, todo carnosidad, vida condensada y de plenitud, están como al acecho de acumular más vida, estirando sus tallos rastreos **de eso**... En el **de** hay que ver la motivación, pero de manera borrosa, hasta insegura: el **eso** es explicado a continuación: «lo que solicitándose mucho», «lo lleno»; estiran sus plantas **en busca de o a causa de** lo que tanto se solicita, las estiran de pura plenitud («materia cósmica que se trae a la vida», P. N.) La sintaxis es extravagante, porque **una vez** sitúa y delimita la acción en un momento del pasado, mientras que **escuchan** la expresa en el presente y como en un tiempo sin límites; lo es porque no se puede construir una frase de relativo (**lo que**...) sin un verbo en forma temporal (**se solicita, está solicitándose, etc.**), de modo que el gerundio no se justifica (y no lo digo según las reglas de los gramáticos, sino según el uso de los hablantes, sea correcto o incorrecto); y sobre todo, lo es por ese **de**, más oscurecido cuanto más lo quiere explicar el poeta. Este fué el único pasaje consultado en cuya explicación vaciló Neruda. Sin total convicción — me pareció — Neruda, en lugar de **estirando sus plantas de eso**..., me explicó **oscuros de eso**, de lo que solicitándose mucho, de lo lleno, **oscuros de pasadas gotas**. Ese complemento preposicional (**de eso**) referido a un núcleo venidero (**oscuros**), sería una contorsión sintáctica no prac-

ticada ni siquiera por Góngora en su extremado hipérbaton y dudo de que corresponda a la intención original. Al parecer, Neruda tendría que repetir aquí lo que se cuenta del poeta inglés Robert Browning en ocasión semejante: «Cuando escribí esos versos, Dios y yo sabíamos su sentido; hoy sólo Dios lo sabe». Graciosa respuesta que oculta un fracaso de la poetización.

Tenemos aquí el límite en que la amplitud interpretativa se detiene. Con todo el respeto debido al joven maestro español y también el joven maestro chileno, vamos a confesar que nuestra medida no llega tan allá. La embriaguez poética de Neruda posee un indiscutible poder contagioso; sus imágenes confusas, sus ritmos, sus evocaciones, inconexas, hacia el exterior, unidas desde adentro por un soplo pasional doloroso hasta la monotonía, por la angustia de disgregarse, de flotar en el caos, como la época, seducen y por momentos arrebatan la fantasía, hieren cuerdas íntimas y profundas, hacen si no sentir presentir un lenguaje nuevo, la presencia inminente, velada, de palabras inauditas, venidas de más alto o de más hondo que la lengua, hasta ahora conocida; pero, demasiado a menudo, esta ilusión se quiebra y nos quedamos al margen, sin delirar con el delirante, sin extasiarnos con el extático, sin perder ese hilo de la lógica que, ciertamente, nos ata y oprime y hasta asfixia como una soga. Cortarla, sería la liberación suprema. ¡Evadirse, volar! Beber del tósigo o del nepente hasta traspasar la esfera inteligible: ¡qué hermoso sueño! Todos los demás poetas y soñadores quedarían como simples seres humanos, privados de alas, atados a la tierra. Pero esto, culpa suya o culpa nuestra, sólo por breves y fugaces momentos ocurre. En seguida sobreviene el caer en lo simplemente confuso, en lo voluntario y hasta premeditadamente caótico, en el enredo tejido a conciencia, en el sistema de la retórica al revés, en la contraretórica.

Somos, ciertamente, múltiples; pero aspiramos a la unidad, acaso, porque en el fondo, la poseemos. Verdad, bien y belleza siguen, en apariencia, caminos diferentes. El desarrollo de una sola nunca podrá dejarnos satisfechos. Queremos avanzar y subir con todas nuestras potencias, sin dejar ninguna parte de nuestro bagaje en tierra. Amado Alonso experimenta, posiblemente, el mismo sentimiento y basta, para verlo, examinar la contraposición de sus dos elogios iniciales. A la plenitud del primero, cuando exalta la poesía clara de Virgilio y Racine, de Garcilaso y Juan Ramón, «consuelo e invitación indirecta a una mayor hombría» el hombre vibra entero, sin reticencias. Después, la otra, la neoromántica, la ultra o archi-romántica, se desliza como de contrabando por la puerta estrecha de un «también» que no deja pasar sino valores estéticos, que no consuela, que no invita a una «hombría mayor», que no levanta sino destruye, que no organiza, sino desorganiza, que es, en buenas cuentas, una patente otorgada al mal y al error en nombre de la belleza desconocida. ¿Es que ignoramos aun sus partículas de verdad y de bien eternos? ¿Es que todavía no logramos percibir las? La poesía de Neruda, llegará con el tiempo a brillar, purificada, cristalizada, imperecedera? Todo el libro de Alonso, con su agudeza flexible, con su ilimitado esfuerzo de adhesión, no nos permite esperar. Hay demasiada ganga en ella, demasiado peso muerto. Balbucea excesivamente. Su ebriedad misma no parece siempre espontánea ni auténtica.

En Neruda estalla con violencia máxima la querrela de siempre entre los jóvenes y los no jóvenes. Es ley histórica, ley de progreso, que los hijos procuren asesinar a sus padres y reemplazarlos. Pero la manera de que nunca los hijos lleguen a crear otro mundo, consiste en aprobarlos tan sin restricciones que, a fuerza de ampliar el molde y estirar la medida, el molde estalle y la medida desaparezca.

Amado Alonso confiesa que no está totalmente satisfecho de su libro. Lo comprendemos. Particulariza demasiado, se encarniza en el detalle, casi no alza la vista al conjunto. Apenas dos o tres miradas en derredor, y, luego, el verso, la estrofa, la composición. El poeta y el crítico habrían ganado con una exégesis más rigurosa y más amplia. Neruda no ha dicho, por cierto, su última palabra y es vital para las letras que su magnífica dotación de extraordinarias cualidades no siga un camino estéril, rumbo al ensimismamiento ególatra, sino el que le impone la tierra donde, quiéralo o no lo quiera, reside. Amado Alonso habría podido hacer más de lo que hizo para conseguirlo.

De todas maneras, uno y otro nos dan un espectáculo cuya honra y provecho recogemos y celebramos.

La creatura que, con mil habilidades, logra el intérprete arrancar a las entrañas del poeta, palpita, sin duda, confusamente, como un ser vivo; pero los contornos de esa masa medio informe presentan demasiado perfiles anómalos de monstruo.

Es nuestra impresión.

Se dirá: cuestión de temperamento, de punto de vista. Verdad. También, de generaciones. — **Alone.**

CARLOS ACUÑA: Baladas criollas. (Nacimiento, Santiago, 1940). Dentro de la literatura chilena, una de las zonas poéticas de mayor localismo, más apegada a las tradiciones y menos dominada, generalmente, por las innovaciones audaces, es la del Maule, que ha producido al autor de estas «Baladas Criollas» que tienen un fuerte perfume del río típico, de las características costumbres y de las legendarias montañas de esa patria chica. En Carlos Acuña se funden y confunden, a menudo, las esencias de una poesía culta instintiva en sus elementos morfológicos, con lo popular autóctono de una región prestigiada en la prosa y en la poesía, por la aparición de caudalosos prosistas y de poetas elegíacos en que vemos anticipado el actual fervor por el romance tradicional español, que han puesto de moda García Lorca y otros poetas peninsulares. No sabemos bien, en estas «Baladas Criollas», distinguir lo que es producto característico de una elaboración culta y lo que es el dictado de las graves voces populares que se animan en las trillas y **mingacos** de una prodigiosa tierra de leyendas y fantasías. Pero la ponderación excelente que percibimos en Acuña ha sabido realizar con felicidad la fusión de ambos elementos que colorean sus canciones y difunden por sus estrofas un poderoso aliento vernáculo.

El poeta ha sido leal con esta entonación que le ha señalado un sitio aparte en la literatura chilena y que le ha dado un acento propio, también, entre los demás escritores maulinos. Hay un suave y pene-

trante lirismo en estas Baladas, que anticipan, por haber sido escritas en parte hace años, algunas de las tendencias que hoy dominan en la moda poética de los jóvenes, bajo el auspicio de importadas fórmulas al uso.

La canción urbana, se ha dicho por un gran crítico, no adopta las formas populares, ni tiene estirpe popular, como la del campo. Y esto se advierte muy cabalmente en la esmerada producción de Acuña, que permanece fiel a sus modelos poéticos y, muy principalmente, al poderoso estímulo de Federico Mistral, grande entre los grandes evocadores del terruño natal.

En una tierra donde nunca se ha adormecido lo tradicional, donde la poesía culta y la popular se mezclan más que en otras regiones intelectuales del país, no es extraño encontrar un evocador de la fuerza y del sentimiento de Acuña, cuyos afanes poéticos datan de antes de 1913, año en que publicó «A Flor de Tierra», obra de verso y prosa.

Por razones de aislamiento geográfico, por obra de ciertos particularismos que no se expresan en otras zonas de la patria, el Maule es un venero de auténtica poesía que ha revelado uno de los más intensos brotes líricos de que hay memoria en Chile, desde la agresiva palla del mulato Taguada, llamado el **tordo maulino**, hasta la inspiración moderna y sorprendente de Max Jara, que realiza el romance tradicional en un clima chileno y con imágenes y sabor criollísimos.

Pero, entre los poetas de su suelo natal, Acuña es el menos atormentado: su propia visión del campo es más simple, más optimista que la de Jorge González, el profundo cantor de las tierras pobres, o que la sentimental y romántica de Jerónimo Lagos Lisboa. En Acuña lo descriptivo no es más que un punto de apoyo, un elemento transitorio que le permite concebir sus baladas con un pequeño argumento, una anécdota sustentada en el paisaje dentro de una fusión discreta. Al revés de Latorre, otro escritor maulino, que hace del paisaje una inmensa sinfonía cósmica, trascendental y animada, a veces, de un antropomorfismo vitalista.

El campo maulino y su alma están sentidos en la obra de Acuña. Pero su sentimiento está ajustado a cierto aire de conformismo que es otra característica del genio local de esa complicada tierra. No sirve el campesino a Acuña como motivo de crítica social ni de exaltadas declamaciones sobre el problema agrario. Ve al trabajador de la tierra como lo vieron sus padres y sus abuelos, con la simpleza del propietario, del terrateniente maulino. Hay como un fatalismo en esa resignada manera de concebir a los hombres y mujeres que pueblan y animan las profusas baladas. El hombre vive y muere apegado a la tierra, sin ver otro paisaje que el suyo y sin sentir otras emociones que las ya captadas por sus antepasados. Hay un tono elegíaco en el maulino que lamenta las sequías y que antes solía cambiar de aire, enganchándose como marinero o tripulando las barcas que conducían productos agrícolas al norte.

Como observa el prologuista; Mariano Latorre, Acuña no rompe nunca el equilibrio. La tierra conserva su carácter y el poeta vigila, avizor y vibrante. Tiene esa región un encanto especial, a pesar de la severidad de su paisaje en los años malos, y forma su clima espiritual una especie de predisposición al fatalismo, como lo recuerda una anécdota

relatada por Latorre en su introducción. Un visitante de la ciudad se admira de oír a un serrano explicarle el número de mujeres, hombres y niños que viven en un pañizuelo de cerros, no más grande que la plaza de un pueblo maulino. Y el serrano contesta, sonriéndose: Más pequeño es el cementerio, y caben muchos. . . . Este libro está concebido con fidelidad a una norma poética que tuvo poco éxito antes de que una artificiosa poesía, cultivadora del romance, volviera la atención a la tierra chilena, que miraron desdeñosamente hace algunos años los críticos extranjerizantes y los escritores entregados a las efímeras excitaciones de un cosmopolitismo invasor. Espigando en esta obra tan densa, hallamos algunas baladas en que el equilibrio de las facultades poéticas de Acuña ha llegado a la combinación más perfecta entre lo elaboradamente culto y lo popular tradicional. Entre éstas llaman la atención y merecen recomendarse las «Mozas del Tutuvén» (página 41); «Cantaba el Pidén» (página 65), que ya es célebre y ha sido musicalizada; «Balada del patrón», característica por contener la manera de ver el campo de Acuña; «Contra ná. . . .» (página 85); «Caramba» (página 89); «Balada de la doncella» (página 101); «Romancé de ausencia» (página 105); y «Pa qué. . . .?» (página 135).

Otras baladas, romances y tonadas de Acuña gozan de más crédito, pero tienen mayores concesiones al público, se acercan más a la letra de las canciones populares hechizas y desvirtúan un poco la intención pura de su autor, que sólo abandona bajo el halago blando del oído.

La poesía, por lo mismo que se ha alejado de las fuentes auténticas de lo popular, pretende volver en sus momentos de crisis a esa gran fuente estimuladora. Esto ha pasado en España, donde la tradición del romancero alimenta y fecunda a los poetas ciudadanos cada vez que la poesía elaborada pierde la frescura y la fuerza creadora. Esto mismo está ocurriendo en Chile, donde un vasto grupo de poetas jóvenes penetran al campo, a veces un poco por la fuerza y ataviándose con los arcos agrarios sin saberlos lucir graciosamente. Pero en Acuña tal vena es auténtica; surge de lo nativo; se enraíza y vincula a lo más puro de su región, que tiene ya derecho a destacarse entre la de mayor sensibilidad lírica, dentro de la poesía chilena.

El paisaje de la tierra está claramente dibujado, y revela muy bien la facilidad descriptiva, limpia y directa de Acuña.

El corral baña la luna
y sopla el viento del mar;
de algodón parece el cielo,
mañana se va a nublar;
hay un rebaño de nubes
dormidas en el corral. (Página 83.)

Este mismo paisaje se hace una túnica de tristeza en algunos poemas de Jorge González, una fugitiva visión en Lagos Lisboa y un escenario elegíaco en Max Jara.

La poesía popular maulina se ha perdido en sus mayores producciones, y como toda poesía surgida del pueblo, tiende a desaparecer. La letra escrita siempre reemplaza a la inspiración del pueblo, y los textos

ciudadanos suceden a las veladas, en que el romancero anónimo o las coplas elementales entregan su emoción primaria. Pero en este caso particular que comentamos (el de la poesía de Acuña) se ha producido, en sus impresiones más limpias, un verdadero milagro de armonía. O sea, dicho en otras palabras, la fusión del alma maulina tradicional con las formas poéticas de moda, por más que éstas no sean tan modernas, sino una versión distinta de lo que ya el pueblo y los clásicos representaron en sus mejores momentos de emoción.

Lo popular, también, ha perdido su pureza y sencillez primitivas, y de un modo indiscutible ha experimentado la influencia literaria. Y lo literario, a su vez, necesitado de las vitaminas poéticas fundamentales, ha tenido que sumergirse en la fuente eterna de la tierra. Tal es la lección de este poeta y de éstas «Baladas Criollas», cuya variedad y originalidad distribuyen elementos de sensibilidad para todos los gustos, desde los endecasílabos sinfónicos de «El Poncho», hasta la sabrosa «Baladilla», que tiene el sabor del ulpo serrano.

Más de alguien se extrañará de que dediquemos tanto espacio a un libro de poesía. Hay quienes creen que la poesía está de capa caída, y otros, estimulados por los difundidores de lugares comunes, estiman que toda la poesía moderna es oscura e ininteligible. Pero para desmentirlo está este libro: claro, diáfano, sencillo, inteligente. Sin embargo, le diríamos al que objetara que en sus páginas se echa de menos lo trascendental, que la liviana ligereza de sus estrofas compensa, a veces, de la carencia de ese elemento que muchos buscan y la mayoría no encuentra. Ya otro maulino poeta se lanzó por los caminos de la poesía dialéctica, y lo vemos ahora volver a la serenidad agreste de sus paisajes de la cordillera de la costa. Nos referimos a Pablo de Rokha, nacido en Licantén, pero cuya vida se modeló en la zona del Maule, de donde eran muchos de sus antepasados.

El libro de Acuña nos ha llevado insensiblemente al tema de la geografía literaria, tan grato a ciertos críticos, amigos de las generalizaciones y de los encasillamientos regionales. Pero con todo su regionalismo, valioso y definidor, lo que perdura en él es que a través del terruño entrega un sentimiento genuinamente nacional: el de una poesía con colorido y sabor de la tierra, como la han hecho Max Jara, Jorge González Bastías y el inolvidable Pablo de Rokha de «Canción de las tierras chilenas».

En alguna oportunidad habría que ensayar una definición de la poesía nacional, de sus temas y de sus alardes, en un momento que revela poderosos sustentadores y animadores muy finos, y señalar las dos tendencias que la dividen fundamentalmente: la de los poetas elaborados y ciudadanos que prefieren los temas trascendentales; y la de los poetas tradicionales, en quienes lo culto y lo popular buscan una alianza afortunada. Parece, por otra parte, disminuir el éxito momentáneo de la poesía intelectualista y retorcida, en cuyo venero abundan los buscadores de quintaesencias y de sutilezas retóricas. Y el momento indica que una tónica nueva de criollismo puesto al día, de vigoroso nacionalismo lírico alienta a los jóvenes a dar versiones renovadas del campo, de sus coloreadas escenas, de sus típicas costumbres.

Equilibrado, distante de todo exceso, Carlos Acuña revela en sus «Baladas Criollas» la misma fidelidad a su arte que lo sacó de Cauquenes en busca de nuevos rumbos, y que periódicamente lo reanima en su región natal con incentivos vernáculos en que palpita la primitiva pureza de nuestro pueblo. — **Ricardo A. Latcham.**

EUGENIO PEREIRA SALAS: Los Orígenes del Arte Musical en Chile. (Imp. Universitaria). (1)

La lectura de este libro lleno de erudición, escrito por un maestro, publicado por la Universidad, con prólogo del Decano de Bellas Artes, deja una impresión curiosa, muy agradable: que por primera vez, en este país de historiadores, se nos cuenta la Historia de Chile con acompañamiento de música.

Las demás eran historias a secas.

El profesor Pereira Salas, acompañado, a veces, y formando dúo con el profesor Urrutia Blondel, que lleva la voz técnica, ha recorrido toda nuestra escala musical desde la época precolombina hasta el último tercio del siglo XIX y; mediante la investigación minuciosa de los documentos donde se escucha alguna resonancia, nos ha dado una especie de imagen rítmica y melódica de nuestra existencia pública y privada.

Su frase inicial presenta el «leit - motif» de la obra.

«Cuando las huestes del Adelantado don Diego de Almagro penetraron en el valle de «Copayapo», la música indígena resonaba en todo Chile. Cada acto público o privado de la vida tribal, todas las ceremonias individuales, del nacimiento a la tumba, eran acompañadas por una danza, poesía o canción. Estas manifestaciones artísticas estaban íntimamente entrelazadas, por cuanto, al decir de Ernesto Gosse, «la danza, la poesía y la música en los pueblos primitivos forman una unidad que sólo puede descomponerse artificialmente».

Al principio ello ofrece dificultades, porque no quedan testimonios escritos y sólo existen tradiciones; pero investigadores agudos — Eugenio Pereira nombra a Humberto Allende, Carlos Isamitt, el P. Augusta, Carlos Lavín — permiten interpretarlas con claridad y, en sus hábiles manos, los instrumentos hablan.

De acuerdo con ellos, parece establecido que Arauco ignoró las cuerdas y sólo traspuso los ciclos del tambor y la flauta: al son del «kakekulum», hecho de madera o de un calabacín recubierto de cuero o bien soplando en la «trutruca» quejumbrosa, los coros mágicos u orgiásticos de nuestros aborígenes exhalaban el alma, bailando en círculo en derredor del jefe, al fondo de las selvas.

«El modo de cantar — dice Ovalle — es todos a una, levantando la voz a un tono, a manera de canto llano. . . . tocan luego sus flautas y algunas trompetas. . . . y suenan éstas tanto y cantan gritando tan alto y son tantos los que se juntan a estos bailes y fiestas que se hacen sentir a gran distancia.»

Peró aunque celebraran sus placeres o sus triunfos y su entusiasmo alcanzara los límites del delirio, causaban el efecto de una gran tristeza.

(1) Ediciones de la Universidad de Chile.

«No sé si se le puede llamar canto o lloro», dice Góngora Marmolejo. Y González de Nájera: «... no se aficionan a instrumentos de placer, sino bélicos, fuertes y lastimeros que resuenan como doloroso y triste clamor.»

Esto nos da un primer indicio sobre la psicología araucana. La alegría llegó a Chile con España y, después, más estrepitosa e intensa, teñida de fuerte sensualidad, con los esclavos negros. No es de ahora la orquesta del «jazz» africano que nos mandan.

Durante el siglo XVII, «el influjo de las melodías negras, combinado con el canto de los indígenas, alteró profundamente la liturgia religiosa»; porque la música abarca y suele confundir los regocijos que la Iglesia impone con los que prohíbe. Y en esta lucha de lo sagrado y lo profano, de las supersticiones mágicas con el Evangelio, el catolicismo ha tenido, a menudo, que pactar.

El año 1822, presenciando las danzas religiosas de los chinos en San Francisco del Monte, asombrábase María Graham de esos abirragados coros de hombres vestidos de mujer que iban en rueda en torno a un muchacho, ataviado de modo grotesco, y quiso averiguar el sentido de aquel espectáculo. Le dijeron que los Franciscanos, establecidos en Talagante, hallaron que el medio más fácil de atraer a los indios era dejarles algunas de sus prácticas supersticiosas, en especial, la fiesta del Canelo, y que les habían permitido continuar su viejo culto, pero dentro de las murallas del convento y en honor de Nuestra Señora de las Mercedes. La misma política de los Jesuítas del Paraguay cuando atrajeron y domesticaron a los guaraníes mediante sus instrumentos, y, realizando una hazaña que no habían podido los guerreros, fundaron aquella extraña república comunista y musical en que no solamente las ceremonias públicas, sino hasta los actos más íntimos de la vida privada se regían al son de las campanas y tenían su medida y su ritmo.

La música popular de Chile, la que se oye en las fiestas populares, particularmente en algunas de carácter religioso, como las célebres del Santuario de Andacollo, conservan todavía el sello ancestral de la tristeza monótona observada desde entonces.

En la clase aristocrática, a medida que los recursos lo permitieron, se empezaron a usar los instrumentos musicales del Viejo Mundo y la afición al arte se desarrolló intensamente en las tertulias familiares. La de don Francisco Javier Errázuriz, en el siglo XVIII, se enorgullecía de «un clave acordado con bisagras y chapas de plata y dos violines» y don Antonio Boza, casado con doña Catalina Irrázaval, enseñaba música a sus hijas para solaz de su vejez.

A principios del siglo XIX, dos grandes damas presiden el florecimiento musical: doña Luisa de Esterripa, esposa del Presidente español Muñoz de Guzmán, llamada por sus admiradores, «la bella Marfisa», trajo al país los refinamientos de la Corte de Carlos IV y María Luisa. Había sido dama de honor de la Reina. En su salón, con reminiscencias del Hotel Rambouillet, había preciosos y preciosas que destilaban mieles, decían chistes, leían madrigales galantes y danzaban y se representaban al compás de «un clave que tocaba la dueña de casa», según refiere don Manuel de Salas. Don Bernardo de Vera y don Juan Egaña fueron comensales suyos.

Pero doña Luisa, en el reino musical, es sólo la precursora de la gran figura que fué, años más tarde, doña Isidora Zegers de Huneeus, hija del Conde Wasseburg, nacida en Madrid, el año 1803, y educada en París bajo la dirección del célebre Massimino, que fundó la Escuela Imperial de Saint - Denis y creó nuevos métodos de enseñanza. A su voz hermosísima y su excelente escuela, unía el talento de la composición: a los diecinueve años, profundamente versada en armonía y composición, dió a luz producciones originales. Tocaba el arpa, la guitarra y el piano, ardía en la admiración del gran maestro de entonces, Rossini, el rival de Beethoven, a quien obscureció (felizmente, sólo por entonces) y su viaje a Chile constituyó un rudo golpe para el viejo Massimino. Su influencia al llegar al país fué inmediata. Alrededor suyo se unieron todos los grupos musicales y, en conciertos privados magníficos, doña Isidora deslumbraba a la sociedad santiaguina con los trinos maravillosos de las arias de Rossini. Ella representa algo así como la Santa Cecilia del arte musical chileno.

Con justa razón y copiosa bibliografía le consagra el profesor Pereira Salas un capítulo entusiasta.

En otra esfera, aunque unido a ella por la comunidad de aficiones, destácase el papel histórico de don José Zapiola, autor de uno de nuestros mejores libros de Memorias y de una canción famosa hasta hoy día: el Himno de Yungay, esa segunda Canción Nacional, más popular aun que la primera, y escrita para celebrar una batalla en la que nació, puede afirmarse, nuestro sentimiento patrio. Blest Gana le dedicó una página vibrante en su «Loco estero»; el profesor Pereira, en colaboración con Urrutia Blondel, le analiza desde varios puntos, fija su biografía, rememora sus hechos y rinde completo homenaje al hombre, al patriota y al artista.

Hay luego otras siluetas de importancia: Guzmán, Frick, Oliva, Chessi. Después, en el arte lírico, don Aquinas Ried, precursor de la Opera Nacional.

Toda la segunda parte de la obra la compone un estudio a fondo del desarrollo de la danza y la música populares, con el cual se completa este considerable ensayo sobre «Los Orígenes del Arte Musical en Chile», obra que honra a su autor y habrá de quedar entre los documentos fundamentales para conocer la materia. — Alone.

R E V I S T A S

N A C I O N A L E S

Atenea. Año XVIII. Tomo LXIV. SUMARIO: Puntos de vista. En N.º 190. Abril, 1941. Concepción. rique Molina: «Confraternidad universitaria». Juan Oliver: «La Pulmonía». Tomás Carrasquilla y Efe Gómez: «Letras colombianas». Julia García Games: «Sal de Chile». Pablo Rojas Guardia: «Canciones». Mariano Latorre: «Notas sobre la costa central». Claudio Indo: «Sobre algunos poetas norteamericanos». Diógenes: «Noticiario». Los Libros. Notas del mes. Libros recibidos.

Revista de Artillería. Año XVI. SUMARIO: El día de la artillería Santa, Bárbara: Término cursos de instrucción. General Maurín: «El ejército moderno» (conclusión). Coronel Reichel: «Aprovechamiento de las fotografías aéreas». Tte. Coronel Ignacio Mozano: «Artillería - Planas Mayores». Mayor Juan C. Cuaranta: «Algunos aspectos del nuevo Reglamento de Tiro para la Artillería, vistos por un infante». Capitán Octavio Fuentealba M.: «Elaboración de planos de baterías de circunstancias con el puesto de cálculo». Tte. Ernesto Rejman G.: «Descripción comparativa de la batalla de Cannas con el Plan Schlieffen» (conclusión). Ingeniero D. W. Peres: «El tiro contra objetivos aéreos». «Cómo fué conquistada la Somalia Británica». Informaciones extranjeras. Un prócer de la Independencia.

Boletín de la Asociación de Ingenieros de Chile. Año II. Marzo - Abril, 1941. N.º 7. Santiago. SUMARIO: El Congreso Chileno de Ingenieros. Vida de la Asociación. Ing. Fernando Juliet: «IV Convención de la Unión Sud-Americana de Ingenieros» (USAI), celebrada en Lima del 22 al 25 de Enero de 1941. Ing. Miguel Montalva: «El Departamento de Riego y los problemas de regadío». Ing. Héctor Melo G.: «Las prospecciones petrolíferas en Chile». Ing. Laín Díez: «La fundación de Atacama».

Boletín Médico Social. N.º 78. Diciembre de 1940. Santiago. SUMARIO: Nota editorial: «Cuatro siglos de progreso de la Medicina en Chile». Dr. Hernán León L.: «Algunas consideraciones epidemiológicas sobre la sífilis infecto-contagiosa». «Radioterapia ocular». Dres. Eduardo Friis, Jacobo Faignuenbaum y Dr. A. Neghme: «Nuevo caso de enfermedad de chagas en la provincia de Santiago». Revista de revistas.

Revista Chilena de Higiene y Medicina Preventiva. Vol. III. N.º 2. Septiembre de 1940. Santiago. SUMARIO: Coutts, Waldemar E.; Espíldora Luque, C., y Hewitt, Benjamín: «Presencia de gránulo-corpúsculos del tipo Miyagawa, intracitoplásmicos y libres, en cortes de pterigion». Chaume, José: «Nuevos estudios experimentales sobre la especificidad sexual en la reacción tumoral conjuntiva, provocada por substancias estrógenas». Chaume José y Vargas (h), Luis: «Estudio comparativo de la tumorigénesis conjuntiva experimental del cuy, con tabletas de extradiol, subcutáneas e intraperitoneales». Lipschutz, Alejandro: «El fibriomiona abdominal experimental, provocado por substancias estrógenas». Macchiavello, Atilio, Cifuentes, Osvaldo y Ovalle, Héctor: «Influencia de la avitaminosis C en la evolución del tifo europeo experimental del cobayo». Szabó, Esteban: «Tumorigénesis conjuntiva, provocada por substancias estrógenas, y la vitamina E.». Szabó, Esteban: «Acción tumorigéna del estríol». Vargas (h), Luis y Chaume, José: «Influencia de la esplenectomía en la tumorigénesis conjuntiva del cuy». Vargas Zalazar, R.: «Las reacciones biológicas en el diagnóstico de los tumores del testículo».

Revista Dental de Chile. Año 33. N.º 12. Diciembre, 1940. Enero, 1941. Santiago. SUMARIO: «Contribución al estudio histopatológico de las caries en los dientes temporales». Dra. Iris Walters A.; «Un prestigioso exponente de la odontología americana se ha extinguido». R. CH. C.; «Ud. debe saber que». Dr. Marcel Rchet; «Al oído», por Garton. «Cursos de perfeccionamiento para post-graduados». «La importancia de los conocimientos biológicos en la odontología». Prof. Dr. Ottmar Wilhelm. Notas de viaje. Revista de revistas.

Scientia. Año VIII. Núms. 3 - 4. Marzo - Abril, 1941. Valparaíso. SUMARIO: Industria chilena: La RCA. Víctor Chilena. Fomento Fabril: La Sociedad de Fomento Fabril. Cinematografía: Descripción y detalles del moderno equipo sonoro y de proyección instalados en el teatro de la Universidad F. Santa María. Servicio Marítimo: Señalización marítima. Telecomunicaciones: Sobre algunos problemas técnico-económicos de la telefonía automática. Máquinas-herramientas: Los diferentes métodos de impulso para las máquinas de taller. Automovilismo: El alumbrado eléctrico de un auto moderno. Luminotecnia: Lámparas a descarga de gas. Radio: Antenas de barra. Geología: Acción de los volcanes, etc. etc.

Boletín Minero. N.º 490. Febrero de 1941. Santiago. SUMARIO: El mercado de minerales de manganeso. Reglamento del Servicio de Mensuras del Departamento de Minas y Petróleo. Sueldos vitales para los empleados particulares del país. «Plantas chicas de cianuración», por C. Earl Rodgers. «Comparación de los circuitos de molienda gruesa», por Moisés Silbermann. «Desagüe de las minas abandonadas en Chile», por Fernando Benítez. La industria minera en Chile. Comercio de minerales y metales. «Consideraciones de la Metasomatosis en los reconocimientos, desarrollo y explotación», por Marín Rodríguez D., etc. etc.

Seguros. N.º 2. Abril, 1941. Santiago. SUMARIO: Editorial: «Incomprensión». D. Enrique Hormann; ¿Monopolio del seguro de accidentes del trabajo? El Congreso estudia dos proyectos sobre Cuerpos de Bomberos. Una opinión sobre este proyecto. Proyecto de Ley del Ejecutivo. Proyecto de Ley de la Asociación de Aseguradores. Las liquidaciones de seguros en el Senado. Un comentario de «El Mercurio». Después de un año de intensa labor se llegó a acuerdos sobre la previsión de agentes. El proyecto de ley que declara empleados particulares a los agentes. Sobre detención de comerciantes a raíz de haberse producido incendios; etc. etc.

Mar. (Órgano Oficial de la Liga Marítima de Chile.) Año XII. N.º 88. Marzo - Abril de 1941. Valparaíso.

SUMARIO: Homenaje a Brasil. Escampavía «Aguila». La Liga Marítima de Chile ante la IV Conferencia Panamericana de la Cruz Roja. Escuela de Aprendices de Marineros Mercantes. La expedición marítima del Obispo de Plasencia. El nuevo transporte «Angamos». Wheelwright y el carbón chileno. Actividades de la Liga Marítima de Chile. Amistad chileno-brasileña. Fué bautizado en Valdivia el escampavía «Aguila». Premio «Comodoro Gerken». La industria ballenera. El mejor compañero. Consideraciones sobre accidentes marítimos y Generalidades sobre marina mercante.

Economía y Finanzas. Año V. N.º 54. Santiago. Director: Daniel Armanet.

SUMARIO: Editorial: Organización de los servicios públicos. René Prieto: «Regulación por el Estado de las tarifas de empresas de servicio público». Carlos Concha: «El problema de la carne» (III). Su aspecto industrial. Carlos Avilés: «La función de la banca británica en 1940». T. Eduardo Rodríguez: «Comentarios bursátiles». Doctores Ramírez y Berríos: «Racionalización de la producción lechera». Situación económica de Chile. Sorpresas de la guerra. El nacismo y el oro. Notas del Continente. Impuesto a los vinos. Actividades industriales y agrícolas. Actividades bancarias. Últimas informaciones del mercado interno. Comisión de Cambios Internacionales.

EXTRANJERAS

La Nueva Democracia. Marzo, 1941. Nueva York.

SUMARIO: «El Leviatán del Nuevo Absolutismo», por Rodrigo Beyle. «Ojos que yo adoro», por Domitri Ivanovich. «Una fe que trasciende vicisitudes», por W. Stanley Rycroft. «El proceso del arte picassiano», por Felipe Cossio del Pomar. «A la manera de Alberdi», por Luis Alberto Sánchez. «Gloria y tragedia de Leopoldo Lugones», por Gastón Figueira. «El socialismo ético», por Alejandro Korn. «¿Bancarrotas de la Democracia?», por C. M. Lamarche. «En lenguaje de guerra y milicia», por Federico J. Huegel. «Allí donde nace la Gran Muralla China», por Juan Marín. «El hombre de Junín frente a su paisaje y a su folklore», por Cleodaldo Alberto Espinosa Bravo. «Cánovas», por Alfonso Francisco Ramírez. «El Pututo», por Luis Velasco Aragón, etc.

Crónica Médica (La). Año 57. N.º 928. Octubre de 1940. Lima. Apartado 2563.

SUMARIO: Tercera Jornada Peruana de Nipología. Sordomudez y capacidad civil, por los Dres. L. Avendaño y Carlos A. Bambarén. «El hemograma de Schilling en la apendicitis», por el Dr. Eduardo Ríos Mosto.

Revista de Medicina Legal y Jurisprudencia Médica. Año IV. N.º 3-4. Rosario. Director: Dr. Raimundo Bosch.

SUMARIO: Dr. Raimundo Bosch: «Los estados de pasión en las constituciones psicopáticas». Dr. Rogelio L. Carratalá: «El delito en la fabricación, empleo y venta

de tóxicos». Dr. Juan Carlos Colombo Berra: «El delito de contagio venéreo». Dr. Arturo A. Bruno: «Los barbitúricos». Dr. Pedro H. Deminici: «Espermotocistitis e impotencia». Dr. León Levit: «Consideraciones médico-legales sobre las hemiplegias». Dr. Pedro M. Guissetti: «Tuberculosis y accidente de trabajo». Dr. Horacio Arredondo: «Interpretación médico-legal de un caso de accidente de trabajo». Dr. Camilo Carones: «Un caso de Depuytren consecutivo al trabajo». Dr. Lorenzo Lapunzina: «Represión de las toxicomanías». Dr. Herminio Moreno: «Reconocimiento médico-legal de restos óseos». Dr. José Demarco: «Neurosis post-traumáticas». Bibliografía. Revista de revistas. Informaciones.

Mercurio Peruano. Año XVI. Vol. XXIII. N.º 168. Marzo, 1941. Lima. Director: Víctor Andrés Belaunde.

SUMARIO: Mario Alzamora Valdez: «Bergson o el renacimiento de la sabiduría». Rómulo A. Ferrero: «Política agraria». Alberto

Pincherle: «Eduardo Schwartz». Luis Lituma P.: «Los Salmos, fuente principal de la Liturgia». Leopoldo Vidal Martínez: «Las Campanas». Calendario. Notas Bibliográficas.

Revista Argentina de Derecho Internacional. 2. Serie. Tomo III. Julio, Agosto y Septiembre, 1940. N.º 3. Buenos Aires. Directores: Dr. Isidoro Ruiz Moreno (h), y Dr. Carlos Bollini S.

SUMARIO: Pablo Santos Muñoz: «Transferencia de barcos de bandera beligerante a neutral». José María Videla Aranguren: «El Derecho Internacional Privado en la Reforma Procesal». Legislación y

Jurisprudencia. Crónica Internacional. Bibliografía.

Revista Bimestre Cubana. Vol. XLVI. N.º 1. Enero-Febrero, 1941. La Habana. Apartado 214.

SUMARIO: «Contribución de la Sociedad Económica al progreso de la medicina en Cuba», por Horacio Abascal. «Evocación cubana de dos históricas mañanas de Octubre», por Fernando Ortíz. «Ideas filosóficas de Martí», por Miguel Jorriñ. «Apuntes de un corresponsal», por Modesto A. Tirado. «La economía cubana en el siglo XIX», por Felipe Pazo y Roque. «La explotación del mar», por Juan Manuel Planas. «La minería cubana», por L. V. de Abad. Reproducciones. («El Dr. Céleo Arias y la independencia de Cuba»), por Ernesto Alvarado García. «Iconografía de Enrique José Varona», por Fermín Peraza y Sarausa. Informaciones. Libros en revista.

Universidad de Antioquía. N.º 43. Medellín, Colombia. Enero de 1941.

SUMARIO: «Ensayo sobre Jacques Maritain. Introducción de Clarence Finlayson», por Gustavo

Fernández del Río. «De París a Egipto y Palestina. Diario de viaje de

un filósofo», por Julio Enrique Blanco. «Cuatro poemas de mar», por Humberto Jaramillo Ángel. «Apuntes sobre el mecanismo de la sexualidad», por Alfonso Restrepo. Una gran novela china: «El sueño de la Cámara Roja», por Juan Marín. «Hermandad lingüística», por Augusto Malaret. «Breves notas sobre indigenismo colombiano», por Bernardo Arbeláez. Vida Universitaria: «Homenaje a Germán Henao R.», por Julio César García. Comenrarios. Libros recibidos. Notas.

Revista de Derecho Internacional.

Año XIX. Tomo XXXVIII. N.º 76.
La Habana. Director: Antonio S. de Bustamante y Sirven.

SUMARIO: «Derechos de autor panamericano»; por el Dr. Wenceslao Goldbraum. «El fundamento social y las funciones del derecho internacional», por el Dr.

Georg. Schwarzenbergér. «Las relaciones económicas entre América y Europa y el momento actual», por el Dr. Antonio Linares Fleytas. «La doctrina de Savigny en la ley de Introducción del Código Civil Alemán», por el Dr. F. V. García Amador y Rodríguez. «La Doctrina de la Personalidad del Derecho», por el Dr. F. V. García Amador y Rodríguez. Bibliografía. Revista de Revistas.

Revista Mexicana de Sociología.

Año II. Vol. II. N.º 4. Cuarto trimestre de 1940. México. Director: Lucio Mendieta y Núñez.

SUMARIO: Nuestro buen vecino «El Tío Sam», por Carl. C. Zimmerman. «Sobre la investigación social en nuestros días», por José Medina Echavarría. «Ciencia social y administración social», por R. Clyde White. El licenciado René Barragán. «Optimismo y pesimismo», por René Barragán. «El Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires», por el Dr. Ricardo Levene. «El método experimental en sociología», por Lucio Mendieta y Núñez. «Los zoque», por Roberto de la Cerda Silva. «El ensayo sociológico - jurídico de Novitza Kralyevitch», por Vinicio Rodríguez de la Vega. De la Exposición Etnográfica de la Universidad Nacional. Notas bibliográficas.

social y administración social», por R. Clyde White. El licenciado René Barragán. «Optimismo y pesimismo», por René Barragán. «El Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires», por el Dr. Ricardo Levene. «El método experimental en sociología», por Lucio Mendieta y Núñez. «Los zoque», por Roberto de la Cerda Silva. «El ensayo sociológico - jurídico de Novitza Kralyevitch», por Vinicio Rodríguez de la Vega. De la Exposición Etnográfica de la Universidad Nacional. Notas bibliográficas.

Alcor. Año I. N.º 2. Febrero de 1941. Buenos Aires. Director: Enrique Campos Menéndez.

SUMARIO: «Piscis», por Jorge Jantus (Portada). «Circo», por Solari Parravicini (dibujo). «Divagaciones sobre el «humour»,

por Mariano de Vedia y Mitre. «La doctrina victoriana», por Augusto Barcia. «Catimbau» (cuento), por Humberto Campos. «El escritor, el lector y el libro», por Sylvina Bullrich Palenque. «Hispanoamericanismo», por José Jacinto Radá. «Nueve greguerías», por Ramón Gómez de la Serna. «Los señores del Océano», por Enrique de Gandía. «Tierras del Norte argentino: Salta», por Gisele Shaw. «La pintura gótica catalana», por Jaime Germán Miró. «Un capítulo de historia argentina», por Vicente F. López. «Tao» o el gran camino», por el Dr. Juan Marín. «Motivos sobre el paisaje de Galicia», por R. Otero Pedrayo.

Revista Mexicana de Psiquiatría, Neurología y Medicina Legal. Vol. VII. N.º 42. Marzo de 1941. México. **SUMARIO:** «Histeria y Psicoanálisis», por el Dr. Rocha Filho. «Wagner - Jauregg», por el Dr. Roberto Stern. «Revista Clínica», por el Dr. Carlos Pavón. Notas sintéticas.

Universidad. N.º 8. Mayo de 1941. Santa Fe. **SUMARIO:** «La valoración jurídica y la ciencia del derecho», por Carlos Cossio. «La Universidad y los deberes de la juventud», por David Staffieri. «Tragedia espiritual de los argentinos que hoy tienen veinte años», por Alcides Greca. «Notas para una sociología de las clases sociales», por Francisco Ayala. «Cultura autóctona y cultura universal», por José Babini. «Uno de los primeros cronistas del Río de la Plata», por J. G. Blanco Villalta. «Función social de la Universidad», por Risieri Frondizi. «La palabra derecho», por José Lo Valvo. «El maestro don Marcos Sastre», por Antónino Salvadores. «Bibliotecas latinas y bibliotecas norteamericanas», por Alfredo Cónsole. «Bibliotecarios aprovechados», por Alfredo Cónsole. Crónica Universitaria. Bibliografía.

América Española. Tomo XI. N.º 37. Marzo 1941. Barranquilla. Director: G. Porras Troconis. **SUMARIO:** G. Porras Troconis: «Un ensayo de sociología política colombiana». Dolores López Aranguren: «Federico García Lorca: su paisaje y sus tipos». Documentos del Archivo General de Indias. Enrique de Gandía: «La representación de los hacendados»: análisis de este documento. Juan C. García: «Correspondencia literaria». Miguel Antonio Caro: «El Quijote». Fr. Andrés Mesanza: «Con Julio Flores». Raúl Burnett y Córdoba: «La universidad y su significación histórica». Vida intelectual. Crítica de libros nuevos. Revistas recibidas. Resonancias de «América Española».

Revista Nacional de Cultura. (Editada por el Ministerio de Educación Nacional de Venezuela.) N.º 25. Enero y Febrero de 1941. Caracas. Director: José Nucete - Sardi. **SUMARIO:** De la 2.ª Exposición del Libro Venezolano. Ramón Díaz Sánchez: «Historia de una Historia». M. Pascuchi: «Grandeza y miseria del libro». S. Key - Ayala: «El epigrama en Venezuela». Gabriel Espinoza: «La filosofía imaginativa de Marcel Proust». Julio Rosales: «El Can de Media Noche» (cuento venezolano). Luz Machado de Arnao: «Romance del Amor Perdido». Grabados de la Exposición Boulton. Luis Alberto Sánchez: «Sobre un Cuarto Centenario más: el de Santiago de Chile y la adultez de un Continente». Alone: «De Díaz Mirón a Rubén Darío». Gilberto González y Contreras: «Interpretación de la poesía femenina». Gilberto Antolínez: «Figuración del otro Yo en nuestro arte pre - hispánico». Ulrich Leo: «Luigi Pirandello: Simbolista de la Máscara». Emilia Bernal: «Rapsodia Martiana». Francisco Richter: «Apuntes biográficos del actor Teófilo Leal, etc.

América. (Órgano de la Asociación de Escritores y Artistas.) Vol. XI. Núms. 1 y 2. Enero y Febrero de 1941. La Habana. Director: Pastor del Río.

Julio C. Guerrero. «Ausencia y retorno de Confucio», por Juan Marín. «Para estabilizar nuestra economía comencemos por la moneda», por Luis V. de Abad. «Cómo puede actuar la quinta columna», por Gerardo Gallegos. «Novela de amargas verdades», por Jashua Hochstein. «El nuevo derecho internacional americano», por N. Viera Altamirano. «Sobre el discurso de Roosevelt», por Pegler. «Liberalismo», por Angel Zúñiga Húete. «Canto de Paz», por Guillermo Villarronda. «La agricultura como fundamento social», por Roberto Verdaguer. «La libertadora del Libertador», por Alfonso Rumazo González. «De cómo el primer historiador de Cuba copió la historia de Santo Domingo», por Abigail Mejía. «La poesía actual», por Alejandro Andrade Coello. «¿Hay bases nazis en el Caribe?», por Juan Luis Martín. «Los tratados de reciprocidad entre Cuba y los Estados Unidos», por José Gatría. «Edison, el Mago». «El generalísimo en campaña», por R. Buenamar. «Cuba y la guerra», por Antonio Alvarez Pedroso. La luz de la Navidad. «Presencia de Sarmiento», por Héctor P. Agostí. «La escopeta de Bonifacio», por Cristián Rozales.

Filosofía y Letras. Tomo I. N.º 1. Enero-Marzo de 1941. México. Director: Eduardo García Maynez.

Juan David García Bacca: «Tipos del filosofar físico sobre el espacio». Samuel Ramos: «Notas de estética». Eduardo García Maynez: «Reflexiones sobre el escepticismo». E. Noulet: «El hermetismo en la poesía francesa moderna». Alfonso Reyes: «La literatura ancilar». Ramón Iglesia: «Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo y de su verdadera historia». Edmundo O'Gorman: «Sobre la naturaleza bestial del indio americano». Reseñas bibliográficas. Noticias.

Sur. Año X. Marzo de 1941. Buenos Aires. Dirigida por Victoria Ocampo.

«Saúl». Armand Petitjean: «El tratamiento del lenguaje en Joyce». Anónimo: «Farsa del licenciado Pathelin» (versión española de Rafael Alberti). Notas. María Rosa Oliver: «Sherwood Anderson». «Los Libros», por Jorge Luis Borges, Enrique Anderson Imbert, Rafael Virasoro y Ana M. Berry. Polémica. Patricio Canto: «Contestación a Waldo Frank». Bellas Artes. Julio E. Payró: «Una nueva fase de Joaquín Torres García». Últimos libros recibidos.

SUMARIO: «La América del Norte ante Europa y la América Latina ante la América del Norte», por Pastor del Río. «Nirvana», por José Manuel Cortina. «La defensa aérea de un país», por

SUMARIO: Juan David García Bacca: «Tipos del filosofar físico sobre el espacio». Samuel Ramos: «Notas de estética». Eduar-

SUMARIO: María Zambrano: «La violencia europea». Conde de Keyserling: «Realización y filosofía crítica». Silvina Ocampo: